



EL
PROBLEMA

Máximo Soto Hall

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



EL PROBLEMA

MÁXIMO SOTO HALL

Verónica Ríos Quesada
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Máximo Soto Hall, *El problema*

Primera edición digital: 24 de mayo de 2022

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Avenida Universidad 3000

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., entre 44 y 46

Col. Industrial, 97150

Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Avenida Universidad 3000

Torre II de Humanidades, piso 3

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. <i>El problema</i> : debate racial y autodestrucción de un futuro modernizante anclado en un pasado señorial <i>Verónica Ríos Quesada</i>	7
<i>El problema</i>	
A mi hijo Rafael Soto Hall	21
I. El gran vapor se deslizaba majestuoso	23
II. Eran las diez	31
III. Los vapores que partían de New Charleston	35
IV. El carruaje se detuvo en el patio	39
V. Eran las doce del día	43
VI. ¿Cómo van sus trabajos, señor anexionista?.....	47
VII. Cuando Julio se encontró solo en su alcoba	51
VIII. Don Joaquín de Palacios	53
IX. A medida que Julio profundizaba	57
X. El anarquismo	59
XI. En la noche de aquel día	61
XII. Después de aquella noche	65
XIII. Julio gozaba con la ductilidad de Margarita	67
XIV. Julio se levantó muy temprano	71
XV. Aquel mismo día	79
XVI. Don Tomás era alto	81

XVII. Aquella noche	87
XVIII. Julio despertó sobresaltado	95
XIX. —Lamento —decía don Tomás	105
XX. El día era en extremo caluroso	111
XXI. El lugar señalado por Emma	117
XXII. —Pues bien —dijo don Tomás	121
XXIII. Los paseos de Emma y Julio	127
XXIV. Era mister Crissey un hombre	131
XXV. A la mañana siguiente	135
XXVI. A la hora de almorzar	139
XXVII. Emma, educada en un pueblo	143
XXVIII. Mientras oía la sincera confesión	151
XXIX. Julio no quiso acompañar a Emma	155
XXX. La mañana era triste	161
Noticia del texto	165
Máximo Soto Hall. Trazo biográfico	167

PRESENTACIÓN

El problema: debate racial y autodestrucción de un futuro modernizante anclado en un pasado señorial
Verónica Ríos Quesada

A principios del siglo xx, los ideólogos nacionalistas latinoamericanos buscaban modelar símbolos e ideas por medio de la historia, la geografía y la literatura, con el fin de que sus países fueran reconocidos como naciones claramente delimitadas y con un pasado glorioso. Justamente por no partir de la recreación histórica como premisa y, más bien, basarse en la anticipación temporal para proyectar las tensiones entre las emergentes naciones latinoamericanas y el eferescente intervencionismo estadounidense, la novela corta *El problema* (1899) del guatemalteco Máximo Soto Hall resulta particularmente original para la época.

En esta obra, dichas tensiones se explican bajo la lógica de la racialización y, por ende, a partir de la premisa basada en la piel blanca como claro indicador de superioridad intelectual. La justificación pseudocientífica de

la “raza” abre el portillo para la discusión sobre la jerarquización de las “razas” y, por ende, la contraposición entre la “raza sajona” y la “raza latina” que predomina en *El problema*.

Al igual que el famoso ensayo *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó, publicado un año después que *El problema*, la obra alude al devenir de las colonias caribeñas perdidas por España durante la Guerra del 98 contra los Estados Unidos, es decir, a un pasado muy reciente. Además, aunque no hay indicios en la novela en sí, para el lectorado centroamericano contemporáneo, la trama de *El problema* hace eco de los deseos anexionistas del filibustero sureño William Walker con respecto a Centroamérica, a mediados del siglo xix, apenas unos años antes de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

A su vez, la mención del fantasma anexionista de Walker me lleva a explicar que los países centroamericanos de fines del xix habían sido parte de la Capitanía General de Guatemala durante la colonización española y, todavía en la segunda década del xx, seguía vivo el proyecto en pro de la unión centroamericana, con el fin de cimentar la viabilidad política de la región. No sólo Walker pensaba en Centroamérica como una unidad. De hecho, las constituciones políticas permitían a los ciudadanos una flexibilidad transnacional considerable entre países centroamericanos.

Máximo Soto Hall (1871-1944) fue uno de esos “centroamericanos errantes”, finiseculares, como los llama Margarita Rojas, que se movieron constantemente por toda Centroamérica a lo largo de sus vidas.¹ Ese carácter regional que permea su carrera literaria se transmite en el espacio ficticio y futurista de la novela que, desde el inicio, aspira a simbolizar a Centroamérica. Para crear un microcosmos representativo, provoca y refuerza constantemente cierta indefinición, al no precisar los referentes geográficos ni simbólicos del espacio. Por ejemplo, se indica que New Charleston, la ciudad costarricense a la que arriba el protagonista proveniente de París, se ubica cerca del ficticio canal interoceánico construido sobre el río San Juan, limítrofe entre Costa Rica y Nicaragua; sin embargo, ha pasado ya tanto tiempo desde su partida que él ya no reconoce la ciudad. Se alude a una bandera nacional descolorida, pero al no señalar cuáles son los colores, podría tratarse de cualquier país centroamericano. A diferencia de la frecuencia con la que aparece la palabra “Centroamérica” en el texto, son contadas las ocasiones en que se nombra a Costa Rica y menos todavía las veces en que se mencionan los demás países centroamericanos. Además, el

¹ Margarita Rojas, “El centroamericano errante: nacionalismo y modernismo en la época liberal”, en *Revista de Historia*, núm. 24, 1991, pp. 9-20.

perturbador desenlace refuerza esa intención de trascender lo nacional.

El espacio prototípico supone una fuerte domesticación, acompañada de un proceso acelerado de modernización y con tal éxito que éste se encuentra absolutamente desligado de las sensibilidades y emociones sin cauce asociadas con lo latino. El narrador nos indica que hace un cuarto de siglo sólo se movían embarcaciones pequeñas por el río y la selva lo rodeaba todo: ahora la “civilización” borró “la virgen naturaleza”. Se reconfiguraron nuevas urbes, emergió la ciudad portuaria de New Charleston y se transformó San Rafael, donde vive la familia de Julio y transcurre la trama. Esta última se presenta como una ciudad tropical cosmopolita. Se conjuga el entorno selvático con el mundo fabril, en este caso, representado por la fábrica de chocolate de la familia Escalante. Como indica la crítica Ana Patricia Rodríguez, esta ciudad canalera modélica está exenta de imágenes folclóricas, de rastros costumbristas y se asocia con signos de desarrollo y progreso como el canal.²

Sobre los avatares de esa transformación, los lectores nos ubicamos en la perspectiva de Julio, el recién llegado. Debido a su lejanía de Costa Rica por un cuarto

² Ana Patricia Rodríguez, *Dividing the Isthmus: Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*, Austin, University of Texas Press, 2009, p. 36.

de siglo, su padre y su tío le explican, a grandes rasgos, el encadenamiento de hechos. Ellos señalan que, con motivo de la Guerra del 98, hubo gran actividad en la esfera pública; sin embargo, los patriotas no pasaron de la retórica. La colonización cultural centroamericana se produjo de manera paulatina. Tanto así que los “patriotas” no se dieron cuenta de que ya habían perdido la partida, pues rápidamente adoptaron hábitos de consumo y costumbres foráneas. Además, en la ficción, las municipalidades y los “Gobiernos” —en plural, sin nombres, ni apellidos, ni tendencias políticas— otorgaron concesiones de tierras a un gran número de propietarios extranjeros. La élite no intervino en la política nacional para contrarrestar los efectos de la penetración cultural mencionada e incluso gradualmente empezó a celebrar las efemérides de los Estados Unidos. Se explica por tanto que, al decir del tío Tomás, “no se hace sino lo que quiere que se haga el presidente de los Estados Unidos”. No extraña que, en ese mundo futurista, el idioma oficial sea el inglés. En otras palabras: la firma oficial de la anexión anunciada al inicio de la historia únicamente ratifica una colonización que ya se vivía en la cotidianeidad.

En ese contexto, la familia de Julio se presenta como un estudio de caso de la complicidad de la élite centroamericana con los intereses estadounidenses, pues los

hermanos Teodoro y Tomás Escalante son actores de peso en las relaciones socioeconómicas que modelan ese espacio ficcional. El tío Tomás no sólo contrata a mister Crissey, el antagonista de Julio, para que levante un tramo del ferrocarril en construcción, sino que establece relaciones comerciales en Honduras. Por su parte, la empresa Saint Carlos Chocolate de Teodoro exporta su producción a los Estados Unidos. Es decir, el capital familiar de esta oligarquía se mueve de manera transístmica y crece gracias a las rutas comerciales que potencia el influjo estadounidense.

Ahora bien, la asimilación cultural sólo atañe a la élite, pues resalta la ausencia de personajes de estratos sociales. Los únicos latinos en *El problema* son los familiares de Julio, incluso la mano de obra es sajona: desde el mangletero hasta la servidumbre de la casa familiar, pasando por los operarios de la fábrica de chocolate. Desde las primeras páginas, se sabe que Teodoro sólo emplea un operario “nacional” —no se indica su país de origen— en su fábrica y éste destaca negativamente más adelante porque se le atribuye la responsabilidad por una falla mecánica de la maquinaria recién comprada. La razón del desplazamiento laboral de los “nacionales” es la productividad superior atribuida a los sajones. En una de las discusiones, al referirse a la mano de obra estadounidense, señala don Teodoro:

Yo la utilizo como máquinas, como bestias de carga [...] Son una fuerza valiosa. Unos caballos inmejorables. Ellos no se enferman nunca, no se les muere nadie, no dejan de trabajar el lunes, no conocen más días festivos que los que uno quiere darles, no hablan, sobre todo, no hablan. Y qué manera de trabajar. Cada uno vale por dos de los nuestros, en cantidad y en calidad.

La cita es transparente: contar con acceso ilimitado a cuerpos dóciles es el corazón de la filosofía empresarial de Teodoro. De esta manera, se evidencia que este último y mister Crissey están cortados con la misma tijera: ambos operan bajo idéntica lógica extractivista y de explotación laboral. Al preguntarle a mister Crissey cómo construiría la línea férrea encomendada por el tío Tomás, contesta enfatizando la disposición *ad libitum* de recursos humanos, materiales y financieros: “Si un río se llevase un puente, antes que las aguas arrastren el último madero, ya estará tendiéndose otro nuevo puente; si faltan obreros, se doblará el número; si los millones presupuestados no son suficientes, se invertirán otros millones más”.

Dicho de otra manera, la modernización en este espacio ficcional no está ligada a una utopía social igualitaria, ni a una distribución equitativa de los recursos y un episodio particular lo expone con claridad. Me refie-

ro al estallido de una huelga en la fábrica de chocolates, en la que la mayoría de los trabajadores son estadounidenses. Dada la cita textual del parlamento de Teodoro, la protesta no sorprende. Curiosamente, éste es incapaz de reaccionar y está a punto de ceder a las demandas de los obreros sajones —lo cual se puede tomar como una revelación de su inferioridad racial, cuando mister Crissey, el estereotípico hombre de acción, toma el control de la situación cual capataz de bananera—.

Si bien mister Crissey y el tío Tomás Escalante se ayudan mutuamente y comparten un intenso apego por la estratificación social y, por ende, el *statu quo*, para que su alianza perdure en el tiempo, es necesario moverse con rapidez. A final de cuentas, la superioridad racial intervenida por el factor clase es un espejismo momentáneo, pues mientras la raza sajona se fortalece, la raza latina se autodestruye. En *El problema* se establece muy claramente la jerarquía social: en primer lugar, los empresarios sajones, después los oligarcas latinos de ascendencia española, luego los trabajadores sajones y finalmente los trabajadores latinos. No está de más indicar que, según la ficción, los grupos indígenas se extinguieron durante la conquista y colonización de la región. Sin embargo, aunque los trabajadores sajones son inferiores a los oligarcas latinos, quienes siguen en el orden determinista de extinción son estos últimos y el tío Tomás está consciente de lo que se avecina.

De hecho, éste último ya había puesto en marcha su estrategia de sobrevivencia desde años atrás: se casó con una estadounidense y su hija Emma, a su vez, se casa con un estadounidense; en otras palabras, los hijos de ese matrimonio serán $\frac{3}{4}$ sajones. En contraste, Teodoro, sempiterno autoengañado, ve truncada su descendencia porque no es capaz de admitir que vive según los parámetros sajones y que su ceguera pone en peligro el futuro de su familia y también el de su empresa. Julio, su hijo, quien inicialmente estaba comprometido con Margarita, una costarricense expatriada en París y a quien se describe como una mujer inferior, paulatinamente se olvida de ella y se enamora de su prima. En suma, los hombres latinos se eliminan y el matrimonio de las mujeres latinas con hombres sajones puros supone una paradójica estrategia de sobrevivencia, puesto que se diluye la sangre menos deseada, es decir, la latina.

No está de más señalar que, en la jerarquía ya mencionada, las mujeres ocupan el escalón más bajo. Sólo se consideran parte de la cadena por su capacidad de reproducción, su supuesta irracionalidad y sentimentalismo descontrolado las ancla en el extremo menos productivo. Asimismo, la clasificación de las mujeres sigue las mismas reglas de orden que ya se mencionaron: Emma, considerada menos delicada y femenina por su sangre sajona, comportamiento y textura, está en

una posición superior que Margarita, la prometida expatriada de Julio, pues esta última encarna los valores latinos con mayor intensidad, es decir, una sensibilidad exacerbada y una incapacidad racional que la infantiliza. Visto al revés, según las premisas de la ficción, por ende, lo latino es inferior a lo sajón por asociarse con feminidad y Julio, con sus ataques de llanto y celos, confirma dichas premisas.

Desde el lente de lectura que considera las uniones matrimoniales como medios para solidificar fortunas y simbolizar alegóricamente el futuro de las naciones, la reproducción social de la pareja “latina” es imposible. No hay futuro para las naciones centroamericanas independientes. La esperanza cifrada en Julio está condenada desde el principio. Su final trágico fragmenta el proyecto nacional, en vez de reforzarlo. Como indica el crítico Stephan Leopold al respecto de las novelas fundacionales latinoamericanas del siglo XIX, este tipo de desenlaces, “en vez del happy ending, enfocan la pérdida dolorosa de un personaje principal inconmensurable con el proyecto homogeneizador de la nación postcolonial”.³

³ Stephan Leopold, “Entre nation-building y Trauerarbeit. Asimilación, melancolía y tiempo mesiánico en *María* de Jorge Isaacs”, en Robert Folger y Stephan Leopold (eds.), *Escribiendo la independencia: Perspectivas postcoloniales sobre la literatura hispanoamericana del siglo XIX*, Madrid / Fráncfort, Iberoamericana / Vervuert, 2010, p. 212.

Definitivamente una novela con semejante final no podía pasar desapercibida y no es de sorprender que su publicación levantara polémica en el ámbito costarricense.⁴ Hubo quienes la interpretaron como una advertencia ante el empuje estadounidense en América Latina, otros más bien la consideraron ofensiva por representar la aniquilación de la raza latina. Lo que sí resulta claro es que la novela se escribió desde el punto de vista de las élites intelectuales nacionalistas que se beneficiaron con la entrada del imperialismo en Centroamérica,⁵ y quienes participaron de la polémica indudablemente pertenecían también a dicho grupo.

La élite liberal definitivamente se debatía con respecto a qué rumbos seguir y cómo proyectar un futuro a su medida. Un excelente ejemplo de estas contradicciones lo provee el propio Máximo Soto Hall. Inmediatamente después de la publicación de la novela en Costa Rica, viajó a Guatemala y se convirtió en acérrimo colaborador de la emergente dictadura de Estrada Cabrera y durante ésta el poder económico de la United Fruit Company en dicho país creció exponencialmente

⁴ Verónica Ríos Quesada, “El impacto de la novela *El problema* de Máximo Soto Hall en 1899. Primera aproximación”, en *Káñina: Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica*, vol. XXVI, núm. 2, 2002, p. 1.

⁵ Ana Patricia Rodríguez, *Dividing the Isthmus*, ed. cit., p. 40.

por las concesiones estatales otorgadas. Luego, una vez depuesta la dictadura de Estrada Cabrera, Soto Hall intentó distanciarse de su participación en el gobierno del dictador y reinventarse como escritor antiimperialista con su novela *La sombra de la Casa Blanca* (1927)⁶.

Para concluir, quisiera resaltar que las tensiones y contradicciones generadas por esas ansias modernizantes, y el deseo de revivir tiempos señoriales, alimentan la ambigüedad de la novela *El problema* de Soto Hall; en consecuencia, su relectura nos permite palpar nuevamente esa sensibilidad epocal que atraviesa a Centroamérica y toda a Latinoamérica en el fin de siglo XIX.

⁶ Consultar Iván Molina Jiménez. “La polémica de *El problema* [1899], de Máximo Soto Hall”, en *Revista Mexicana del Caribe*, vol. VI, núm. 12, 2001, pp. 147–187.

EL PROBLEMA

Qui amat periculum in illo peribit.

Eclesiástico (3:27)

A mi hijo Rafael Soto Hall

Hace doce años, cuando usted dormía en la cuna, escribí y publiqué la primera edición de este libro. Que los sinceros sentimientos de patriotismo que inspiraron sus páginas inspiren todos los actos de su vida.

Máximo Soto Hall

El gran vapor se deslizaba majestuoso por las dormidas aguas del canal. A una y otra margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas por altas verjas de hierro donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madre selvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz; fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho a medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos.

El doctor Escalante, reclinado de bruces sobre el barandal del buque, miraba como absorto tanta grandeza. Aquello parecía un trabajo de magia. Era el producto de una raza joven y fuerte. Aquellos hombres que se veían

desde el vapor, con bíceps de atleta, rostros encendidos por una sangre poderosa, ágiles, ligeros, eran los que habían, en poco tiempo, realizado tales prodigios.

Veinticinco años habían transcurrido desde que pasó por vez primera el canal, apenas en construcción, cuando su padre, eterno enemigo de aquella raza subyugadora, pero curioso de sus adelantos, quiso, al llevarlo a Europa, aprovechar la ocasión para ver aquella obra colosal en sus principios. ¡Cómo había cambiado todo desde entonces! En aquel tiempo no cruzaban el río sino embarcaciones pequeñas y lo bordeaban viejos árboles, testigos mudos de los heroísmos y de las crueldades de la conquista que ya los encontró viejos y gigantes; árboles que, juntando amorosos sus ramas tendidas de ribera a ribera, formaban una bóveda de espléndida verdura, atravesada por uno que otro rayo de sol que iba a dibujar con su pincel de oro raros caprichos sobre el cristal movable de las aguas. Allí, sobre esa bóveda, anidaban centenares de pájaros que desde el alba hasta el arribo de la noche cantaban acompañados por el susurro de la fronda y los murmurios del río. Todo había desaparecido, todo se había transformado. En aquella selva, al poner su mano, la civilización borró el esplendor de la virgen naturaleza.

El doctor Escalante sentía su alma agobiada de cruel desazón. Cinco años tenía cuando hizo el primer viaje

y sus recuerdos eran vivos y palpitantes, como lo son siempre los de aquellos actos que impresionaron fuertemente nuestro infantil cerebro, y que ni el tiempo ni las emociones más cercanas logran siquiera empalidecer. El cambio de panorama era como un robo a las reliquias de sus recuerdos.

El vapor seguía avanzando lentamente. Lanzó el silbato de la máquina tres aflautados toques y se sintió en toda la embarcación el movimiento que precede a la llegada de un puerto. La ciudad lineal iba desparramándose hacia la ribera izquierda; ya se veían calles de arena, vehículos de ruedas, un movimiento más desordenado y más activo. Era la hora del crepúsculo. Un sol tropical, que en su agonía ensangrentaba el ocaso hasta querer escalar con su púrpura el cenit, derramaba sus rayos tibios sobre los edificios; se retorcían éstos entre las cuerdas y los mástiles de infinitas embarcaciones o rodando sobre el líquido elemento lo matizaban de oro y púrpura.

Las frases lacónicas de la lengua inglesa, repercutiendo por uno y otro lado, parecían chispas encargadas de encender la actividad y el movimiento en todas partes. ¡Qué agitación, qué bullicio! Iban y venían los pasajeros de todas clases; rodaban sobre la cubierta baúles, maletas, líos y cajas; salían a relucir los sombreros y los abrigos más raros, los objetos que reclamaba la ocasión y

que había hecho innecesarios la vida íntima de a bordo. Algunos pasajeros alargaban las cabezas en busca de personas que debían esperarlos en la orilla; otros, sonriendo, hacían señas con las manos y con los pañuelos. Una señora muy gorda y muy encarnada entabló conversación, a grandes voces, con una joven que desde el muelle le mandaba besos con las puntas de los dedos. Los más se preparaban a salir de aquella prisión que los había albergado por más de nueve días.

Sólo el doctor Escalante, clavado sobre el barandal, permanecía inmóvil en medio de aquella balumba. El vapor atracó al fin, y los pasajeros, como presa a la cual se levanta el dique, se precipitaron por el puente, apenas tendido, sin consideraciones ni cortesías, tratando únicamente de salir cada cual el primero de aquella avalancha humana.

Hasta entonces, cuando se vio completamente solo, comprendió el doctor que era llegada la hora de salir. Cargó él mismo con su maleta y saltó a tierra. No se oía hablar más que inglés. En vano él, con atento oído, trataba de percibir alguna palabra española o francesa. Varios individuos se le acercaron y aun pretendieron arrebatarle la maleta de las manos; pero como no podía entenderse con ellos para explicarles lo que deseaba, permaneció inmóvil, viendo a una y otra parte con la curiosidad del hombre que buscara en aquel sitio algo que debía encontrar en él.

Una suave palidez y una grata sonrisa cambiaron momentáneamente su rostro; dejó caer la maleta y se echó en brazos de un hombre alto, robusto, viejo ya, y que, abrazándolo fuertemente, no se cansaba de llamarle “hijo mío”.

—¿Qué tal [el] viaje? —preguntó cuando se hubieron desenlazado.

—Magnífico —contestó el joven—, me ha molestado únicamente no conocer el idioma y creo que esta dificultad me seguirá molestando; veo que aquí ya no se habla más que inglés.

El padre apenas oyó estas últimas palabras. Dirigiéndose a un granuja de agujereado sombrero de fieltro que dejaba ver por sus aberturas algunos mechones de cabello rubio, le ordenó en inglés que tomase la maleta y los siguiera. Después, dirigiéndose a su hijo agregó:

—Vamos, el City of Burica nos espera, no saldrá hasta las diez, pero de todos modos estaremos mejor allí, vamos.

Y comenzaron a caminar por aquella población improvisada, en el ángulo formado por el río San Carlos y el Gran Canal de Nicaragua. Como las sombras de la noche iban en aumento, los escaparates de los almacenes comenzaban a encender sus luces y los focos eléctricos de la calle iban brotando como diamantes uno a uno. Aquella ciudad-estación era, sin duda, de un gran comercio y una inmensa actividad.

Padre e hijo hablaron durante el trayecto de asuntos de familia y nada más. La mamá estaba muy bien, pero no había querido llegar a New Charleston, por quedarse arreglando las cosas de la casa.

—Tú sabes cómo son nuestras mujeres —decía don Teodoro—; un viaje es para ellas problema difícil. Nuestra raza es así. En todo halla dificultades, todo le infunde miedo. Pero me gusta, me gusta que así sea. Odio a estas marimachos de americanas. Emma, la hija de mi hermano, está pasando una temporada con nosotros, mientras su padre arregla un negocio en Honduras. Su hermano Santiago redacta el periódico que fundó su padre, aquel periódico que tú recordarás, *La Nación*; hoy ha cambiado totalmente. Se llama *The Star* y está escrito en inglés. No podía acabar de otro modo. Tomás ha sido siempre una cabeza destornillada; americanista incorregible. Yo no te he mandado el periódico, ni te he hablado de eso por evitarte disgustos. ¡He tenido yo tantos por esos motivos! Mira un aviso de mi fábrica —exclamó interrumpiéndose para señalar hacia el frente.

Habían llegado a la orilla del San Carlos y sobre la vela de un bote que subía el río, a la luz débil de los faroles, se alcanzaba a leer:

Saint Charles Chocolate the best in the world

Julio hizo un gesto que su padre no advirtió y dijo con desgano:

—¡Ah!, sí.

II

Eran las diez cuando el City of Burica comenzó a remontar el río acariciado por una tenue brisa que hacía la noche fresca y deliciosa. En aquel río había logrado, en parte, la naturaleza sobrevivir al cambio general. De trecho en trecho, separando agrupaciones de casas, se veían árboles corpulentos alzar sus ramas tristes y lánguidas, como si temieran provocar el enojo de la raza terrible, que podía, de un soplo, hacerlos desaparecer con la misma facilidad que el huracán desgaja un arbusto.

Había pasado ya, para el padre y el hijo, ese momento de vértigo que sigue al encuentro de dos personas que se aman y tornan a verse después de una prolongada ausencia. Agotadas las intimidades, los recuerdos, las preguntas, las frases coincidentes, estaban en esa hora desagradable en que es preciso hacer un esfuerzo para ocuparse de la realidad áspera de la vida, de asuntos indiferentes o secundarios, dolorosos muchas veces.

—Esto ya es completamente americano —dijo Julio—. ¡Y qué transformación tan rápida; me parece un sueño!

—Sí, es asombrosa ciertamente —repuso el padre—. Lo veo y apenas puedo creerlo. Hace treinta años, me acuerdo bien, era a raíz de la guerra hispano-americana, cuando Tomás me dijo una tarde después de comer: “Teodoro, nosotros vamos a ser americanos”.

”Lo miré asombrado, sin acertar a comprender si hablaba en serio o gastaba una broma.

”Él, imperturbable, agregó:

—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor a la libertad y su afán de progreso no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy trata de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio.

”No pude contenerme al oírlo.

—Eres un mal patriota, le dije, un hombre sin corazón, sin sangre. ¿Crees que nosotros lo permitiríamos?

—No habrá manera de evitarlo, me contestó, con su calma de siempre. Unos cuantos; la mayoría comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios, quizá. Ésos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuerza y, sobre todo, cuando quieran sacudirse, ya estarán viciados por el medio ambiente y

serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie”.

—Qué soberbia profecía —exclamó Julio—, tristemente.

—Soberbia; pero mi hermano exageraba. “No quedará uno”, dijo, y quedo yo; yo, que sigo odiando a los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces.

Julio no apartaba los ojos de su padre que hablaba lleno de convicción y de firmeza. El joven comenzaba a comprender que su padre vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima.

Don Teodoro agregó:

—Mi hermano también cumplió su programa. Al siguiente día de aquél en que hizo la profecía, publicó un editorial en *La Nación*, concebido en los mismos términos, sin importarle la grito del público, ni los ultrajes de los demás periódicos. Se perfeccionó en el inglés, que ya conocía, y finalmente se casó con una norteamericana. Sus hijos son sajones, completamente sajones. Sobre todo, Santiago. Emma tiene sus ribetes de latina. Ya lo verás... Y ahora a dormir, sabes que es tarde. La una, vamos, y yo despierto. La jaqueca mañana. No cabe duda, nuestra raza es débil; yo, sin embargo, la prefiero así.

III

Los vapores que partían de New Charleston en la noche, a pesar de la corta distancia, no acostumbraban llegar al muelle de San Rafael sino hasta la mañana siguiente. Era preciso pasar la noche a bordo. Julio se retiró a su camarote, pero no pudo conciliar el sueño. Mil ideas confusas agitaban su imaginación y mantenían sus párpados abiertos. Sentía una profunda tristeza, una nostalgia de algo desconocido, de algo imposible.

Se levantó muy de mañana. El alba extendía por oriente su gran abanico de luz pálida y la naturaleza comenzaba a despertarse. Murmuraban lánguidamente las aguas batidas por la hélice, agitaban la brisa los ramajes y algunos pájaros dejaban rodar por el aire diáfano del amanecer la cascada armoniosa de sus trinos. A Julio todo le parecía triste. Hallaba plañideros los cánticos de los pájaros, como si comprendieran éstos que iba a terminar la hora de su vida salvaje, para entrar en la prisión dorada, con el grano medido y el cantar obligado. Veía amarillentas las hojas y abatidas las ramas. No eran

aquéllos los mismos árboles que contempló en su infancia, ni aquéllos los pájaros que perseguía su crueldad infantil. Un tinte de agonía coloreaba todo lo antiguo. En cambio, lo nuevo, lo naciente, ¡qué animado, qué alegre! Los silbatos de las máquinas de vapor llamaban al trabajo; poderosos corceles tiraban de los arados que hundían sus grandes uñas de hierro en el seno blando de la tierra, indiferente en su actividad, dispuesta a rendir sus frutos al mejor cultivador, fuese quien fuese. En las puertas de las casas asomaban sus cabecitas rubias y sus rostros encarnados los niños sajones, viendo con sus ojos azules de impasible mirar aquella gran naturaleza que tal vez los albergaba con odio. El trabajo ordenado, el trabajo metódico, la gran labor del que sabe triunfar con su fuerza y su perseverancia se advertía por todas partes.

Entonces, como si el ejemplo de aquella actividad encauzada le obligase a ordenar sus pensamientos confusos y dispersos de la noche, se abismó en sí mismo y comenzó a reflexionar en las causas a que obedecían esas transformaciones que tanto lo asombraban. Comprendió por qué la raza nueva se tragaba a la suya, como un molino del Maelström se sorbe el último resto de un naufragio. Vio claramente que aquélla no era una raza conquistadora, sino absorbente; que no ejercía dominio, sino influencia. Había llegado al país con su

fuerza y su saber para luchar por la vida; se encontró con una raza superior, muy superior en espíritu, pero inferior en materia, y pasó lo que tenía que pasar. La sangre poderosa cogió, transformó, y asimiló la sangre débil. El músculo de hierro venció a la idea de oro. De esta gran lucha debía nacer naturalmente la admiración de los débiles por los fuertes, la fascinación del triunfo; acabando por dejarse devorar los primeros sin resistencia ni dolor, como el ave hipnotizada por la serpiente hipnotizadora.

Todo esto lo veía claro, perfectamente claro, y no sólo perdonaba a su padre las flaquezas que en él advertía, sino que aun admiraba que, siquiera en la forma, hubiera podido mantenerse incólume.

Un fondo de profunda compasión, de honda piedad, iba sembrando en su alma estas reflexiones, cuando, al aparecer allá en lontananza el muelle de San Rafael, vino a su mente el dulce recuerdo de su madre; y apartado momentáneamente de todo, ya no pensó en otra cosa sino en el momento de estrecharla en sus brazos.

IV

El carruaje se detuvo en el patio de la fábrica. Los grandes edificios alzaban al frente sus fachadas majestuosas, de ventanas estrechas, angostas cornisas, y severa arquitectura; los adornaban gallardetes y banderolas que en un tiempo debieron ostentar los colores del pabellón nacional y a los cuales las lluvias y el sol habían decolorado hasta un blanco sucio. Julio creyó ver un símbolo en aquella palidez y no pudo ocultar una amarga sonrisa.

—Vamos, sígueme, recorreremos la fábrica —dijo don Teodoro deseoso de mostrar a su hijo los progresos realizados durante su ausencia. Doña Elisa y Emma se dirigieron a la casa de habitación y Julio caminó detrás de su padre con andar desmadejado y aire desdeñoso.

Subieron una angosta escalera y se encontraron en el primer salón.

—Aquí —dijo el padre— se prepara y muele el grano. Mira qué máquina ésa, parece que tuviera inteligencia. Cómo separa el grano malo y las basuras; fíjate, ahora,

¡eh!, ¿has visto? Aquí tienes la primera pasta. Qué cosa tan fina, ¿no es cierto? En este salón —continuó, entrando en una nueva estancia— se practican las mezclas, es decir, ya queda fabricada la masa para entrar en los moldes. Cada molde tiene el nombre de la fábrica y su sello especial. Sin embargo, se hacen muchas imitaciones, muchísimas. Ya te enseñaré algunas que he podido pescar. A primera vista cualquiera se confunde, son idénticas. Pero probándolo, ¡qué diferencia!, no hay medio de competir; te digo que no exagero al llamar a mi chocolate el mejor del mundo. Habrá iguales, no lo dudo, pero mejores, imposible —y seguía hablando sin parar un momento, gesticulando y poniendo ese rostro complacido de los comerciantes cuando ofrecen nuevos artículos a sus clientes.

Siguieron atravesando grandes salones atestados de máquinas y de obreros, donde se aspiraban los olores de la vainilla, la canela y el cacao, confundidos con los de agrupación humana, de aceite y de tabaco. Cada máquina diferente exigía su explicación y cada nueva forma del producto reclamaba su encomio.

—Éste es el salón de mujeres —dijo, entrando a la pieza última del último edificio—. Aquí se envuelven las tabletas en papel de estaño y se les pone su cubierta con la marca de fábrica y su aviso correspondiente. Mira qué cubiertas tan bonitas. Ésta fue idea de Tomás. Yo quería

que la leyenda fuese en español, pero, vamos, se empeñó tanto que fue preciso ponerla en inglés. Eso nada significa; no pierdo con ello mi espíritu independiente; al contrario, hago tragar mejor a estos sajones lo que produce un latino incorruptible.

—Pero aquí todo es extranjero —se atrevió a decir Julio—, me parece que no hay un solo operario nacional.

En cuanto a los operarios, tienes razón —repuso don Teodoro—. Esta gente sabe trabajar. Yo la utilizo como máquinas, como bestias de carga. Es la mejor forma de mi desprecio. Son una fuerza valiosa. Unos caballos inmejorables. Ellos no se enferman nunca, no se les muere nadie, no dejan de trabajar el lunes, no conocen más días festivos que los que uno quiere darles, no hablan, sobre todo, no hablan. Y qué manera de trabajar. Cada uno vale por dos de los nuestros, en cantidad y en calidad. Y, en fin, hay la ventaja de que yo no les guardo consideraciones; los trato como lo que son, como bestias, puras bestias de carga. Pero —exclamó de pronto— aun en lo de operarios hay su excepción. Mira, ése que trabaja en la cortadora es del país —y dirigiéndose al que se refería, le preguntó en inglés cómo marchaba el trabajo aquella mañana.

Julio, con extrañeza y sin comprender lo que su padre decía al obrero, exclamó:

—Pero ¿por qué le hablas en inglés?

—Flaquezas humanas —repuso don Teodoro encogiéndose de hombros—, este individuo no quiere hablar español; una monomanía, una monomanía como otra cualquiera. Se le puede perdonar en gracia de ser un operario de primera, tiene todas las virtudes de los *yankees* y es de nuestra raza, no se puede pedir más.

Hubo una leve pausa.

—Ya lo conoces todo —continuó el padre—. Estoy seguro que has quedado satisfecho. Esto revela un gran esfuerzo, un esfuerzo colosal. Ahora vamos a conocer la casa de habitación. No hay lujo, pero, comodidad, ya verás qué comodidad.

V

Eran las doce del día, cuando se sentaron a la mesa. Hasta entonces no había tenido ocasión Julio de fijarse detenidamente en Emma. Era una mujer admirable. Alta, robusta, fuerte. Sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba sobre su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso. Todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, una mujer hecha para la maternidad, molde soberbio para la procreación. Cuando reía, cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura tan humana parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados, de natural serenos, y adquirían bajo el toldo de sus pestañas negras una irresistible fascinación.

En aquel momento, reía, al propio tiempo que exclamaba:

—Conque usted es también como su padre, ¡qué curioso! Nos aborrece.

Julio, sintiendo como un golpe en el rostro al oír aquel “nos”, profirió con viveza:

—No aborrezco a nadie. Digo simplemente que prefiero lo que dejé a lo que hallo. Tal vez contribuyan a mi manera de sentir los recuerdos de la infancia. ¡Tienen siempre un perfume tan grato para nosotros! Esta casa me parece bellísima, muy cómoda y, sin embargo, no puedo olvidar aquel viejo caserón de campo en que jugué de niño.

—¡Oh! —repuso Emma—, no dudo que eso pueda influir; pero en el fondo a usted le antipatiza nuestra raza. Se lo he notado, es inútil que me lo niegue.

—En primer lugar —dijo Julio—, no se trata de la raza de usted, que tiene una buena dosis de latina; y en segundo lugar, me parece que juzga con demasiada rapidez. La raza sajona no me antipatiza. Simplemente que... no la quería ver en mi país.

—Yo de latina —repuso, como si fuera lo que más le preocupase— no tengo nada. Papá es más sajón que todos los sajones del mundo.

—Tiene razón Emma —dijo don Teodoro—. Yo te lo decía ayer. Tomás cumple con el programa que se

propuso a las mil maravillas. No tiene nada de nosotros, nada absolutamente. En cambio, su hija, por más que diga, ya lo verás, no puede desmentir su sangre paterna con todo y la educación y la mezcla. La prueba mejor es lo bien que armoniza conmigo, el enemigo de su raza, como ella dice.

—¡Enemigo! —exclamó Emma, sonriendo con su risa cristalina y sonora—, vamos, tío, sí usted es también ya de los nuestros. Aquí el único verdadero enemigo y enemigo irreconciliable es Julio.

—Yo, yo —repusieron a la vez don Teodoro y Julio, aunque con muy diferente expresión.

—Sí, es la verdad; no rectifico. Agregó simplemente que no pierdo la esperanza de que haremos cambiar a Julio. Yo haré lo posible, todo lo posible.

—En ese caso... —Julio iba a añadir algo, cuando apareció en el umbral de la puerta un hombre joven, muy rubio, de alegre fisonomía y porte elegante.

—Hola, Santiago —exclamaron todos a la vez—, ¡qué sorpresa!

El recién llegado dijo en español con marcado acento extranjero:

—Supe la llegada de Julio y quise venir a saludarlo. Me voy esta tarde.

—Pues aquí lo tienes —repuso Emma—. Abrazalo con cuidado, mira que es nuestro enemigo, es decir, enemigo

de los *yankees* —y de nuevo dejó correr el hilo tenue de su risa encantadora.

VI

Cómo van sus trabajos, señor anexionista? —dijo don Teodoro a Santiago.

—Admirablemente. ¿Ha visto mi artículo de hoy? Trato el asunto con toda claridad.

—Hoy no he visto periódicos —repuso don Teodoro—. Como hemos llegado esta mañana y era preciso enseñar a éste —volviéndose a Julio— lo poco visible que tenemos, no ha habido tiempo de ocuparse en la lectura. ¿Qué dice el artículo?

—Hago referencia a las noticias que ha mandado mi padre. En las otras repúblicas la cuestión se presenta tan bien como en Costa Rica. En El Salvador y Guatemala parecía más difícil la tarea, sin embargo, no ha sido así. Se ha trabajado muy hábilmente. Si no me equivoco, la anexión se verificará a fines del año, es decir, dentro de siete meses. Ya es necesario, no podría retardarse más.

—Pero ¿es posible que nadie se oponga? —exclamó Julio con firmeza.

—¿Quién? —respondió Santiago—. Si la anexión no será más que una fórmula. ¿Qué somos ahora? ¿Somos libres, por ventura? Tenemos un gobierno propio, es cierto; pero, si tú profundizas, verás que no es independiente. Este gobierno tiene un periódico oficial que se publica en inglés, sus acuerdos, sus decretos, sus disposiciones todas, se publican en inglés. Y en sus oficinas no se habla otro idioma. Más aún, y esto entre nosotros, no se hace sino lo que quiere que se haga el presidente de los Estados Unidos. No somos, pues, libres y, en cambio, se nos vedan las prerrogativas de ciudadanos de una gran nación. Conviene dar el paso definitivo. ¿No te parece?

—No discuto si conviene o no —añadió Julio con cierta vacilación—, lo que me extraña es que no haya quien se oponga, aunque se trate de puras fórmulas; las fórmulas son, precisamente, lo que más preocupa a los pueblos.

—Pero ¿a qué pueblo te referes? —repuso Santiago, sonriendo—, si ese pueblo o aquel pueblo se ha fundido en la nueva raza, la ha adoptado sin sentirlo. Hace treinta años, muy bien, entonces hubiera sido tiempo de resistir. Cuando mi padre dio la voz de alerta podía haberse hecho mucho; pero ahora...

—¿Y nadie hizo nada en aquel entonces? Mi padre dice que la prensa se ocupó mucho del asunto.

—Sí, se ocupó como lo hacen los latinos siempre: en una forma ideal, hasta sublime, si se quiere. ¡Los periódicos lanzaron artículos rimbombantes, manifestando que antes morirían que ser *yankees*, que sabrían luchar hasta verter la última gota de sangre, que era preferible la muerte a la esclavitud! Los muy inocentes pensaban que un día de tantos, aparecerían, por mar o tierra, los ejércitos conquistadores y que habría lucha, una lucha heroica. Mientras esas buenas gentes gastaban sus energías en tales protestas, los sajones, sin armas o, mejor dicho, sin más armas que su oro, su trabajo y su espíritu absorbente, iban alcanzando de día en día nuevos triunfos. Se hablaba de venta del territorio; pero como la venta no se verificó, ni se podía verificar, los patriotas siguieron refunfuñando entre dientes, dispuestos a morir tan pronto como fuera necesario. La hora, por supuesto, no llegó. Cuando sintieron ellos, los terribles, los indomables, ya vestían y comían a la americana, pensaban, aunque no se atrevían a confesarlo, que los tales invasores no eran tan malos como se creía.

—Es cierto —repuso don Teodoro con calor—, ha habido un gran fondo de debilidad, una flaqueza incalificable. Esas gentes han malgastado sus fuerzas. ¡Oh! ¡Si todos hubieran sido como yo! No grité, no refunfuñé, pero supe protestar con mis actos. He sabido defenderme; he aprovechado a la raza nueva como elemento; he

cogido lo bueno que tiene, pero siempre despreciándola y sin corromper mi personalidad.

—Tiene razón Teodoro —repuso tímidamente doña Elisa que, aunque no acostumbraba intervenir en tales discusiones por temor de molestar a su esposo con sus simplezas, todo era que oyese decir “utilizar a la raza” para que no pudiera contenerse.

—Sí, tienes razón. Yo lo veo por los criados —los criados eran su argumento poderoso—. ¡Oh! ¡Cómo sufrí con los del país! En cambio, éstos son inmejorables. Nada se les olvida. Desde que tenemos criados extranjeros, nunca te ha faltado tu té al acostarte, ¿verdad, Teodoro?”.

Emma, que se había puesto de pie y se dirigía al piano, cortó la discusión diciendo:

—Basta ya de sajones y latinos. Voy a cantar una romanza. Le advierto, Julio, que es americana; vamos a ver si también es enemigo de nuestra música. Se llama “Golden’s Heart”, que quiere decir “Corazón de oro”.

VII

Cuando Julio se encontró solo en su alcoba, abrió su maletita y sacó un retrato. Representaba a una mujer en traje de calle. Sus manos enguantadas descansaban suavemente sobre el puño de su sombrilla. Debía ser alta, delgada, fina, casi débil. Se tendió en un sofá, clavó sus ojos tristemente en aquella figura delicada y se hundió en una mística contemplación.

Qué diferencia entre aquella mujer y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día. Recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el dulce mirar de sus ojos negros: toda ella tan vaporosa, tan diáfana. Ése era su tipo: una mujer que hablase al alma; una figura novelesca, hasta un poco romántica. En cambio, esos colores encendidos y esas formas recias no podía soportarlos.

Así pensaba, cuando Emma apareció en su imaginación iluminada por su adorable sonrisa, aquella sonrisa que la transfiguraba hasta lo divino, que la descarnaba

como con un cincel mágico hasta esfumarla en los contornos del ideal.

La mano con que tenía alzado el retrato a la altura de los ojos desfalleció suavemente hasta descansar en el pecho, mientras sus miradas se detenían en un punto invisible del espacio.

Desplegó de pronto sus labios una leve sonrisa; levantó el retrato hasta poner un beso sobre el papel satinado, lo dejó caer de nuevo, cerró los ojos, y pocos momentos después dormía profundamente.

VIII

Don Joaquín de Palacios era hijo de un español de baja estofa que vino a establecerse a Costa Rica, donde, a fuerza de labor y economía, consiguió redondear una colosal fortuna. El hijo optó por la nacionalidad del padre; se hizo español, un español a toda prueba. La fortuna que heredó fue hecha en Costa Rica, en Costa Rica tenía todas sus posesiones, él no conocía más país que éste; aquí aprendió a llevar el traje y a tratar con la gente de tono; pero él era español, y no poco le valía esta nacionalidad. Solía ser, de hecho, costarricense, una que otra vez, cuando sus conveniencias lo reclamaban así. Por lo demás, era siempre egoísta, calculador y ambicioso.

Cuando en 1898 se rompieron las hostilidades entre España y Estados Unidos, ardió en fe patriótica. Porfiaba, aseguraba, juraba que el león vencería al águila, como él solía decir. Desgraciadamente no fue así. La nación-coloso tenía una gran sorpresa preparada al mundo naval y militar. Levantó su brazo formidable, y el valor y la

abnegación nada pudieron: fue preciso doblar la cabeza; fue forzoso rendirse. Entonces dejó de ser español; su falso patriotismo se disipó con el desastre, convirtiéndose en la ambición de ocupar un alto puesto en la política del país. No tenía talento ni ilustración; pero tenía dinero y consiguió lo que deseaba. “¡El oro, como el báculo de Moisés —decía—, hace brotar agua de las entrañas secas de la estéril roca!”.

Llegó a ministro de Hacienda: sacó el pecho, irguió la cabeza, miró fríamente, y quedó así convertido en un hombre público. Firmó, firmó mucho, pero jamás pudo saber lo que firmaba.

Su vida pública duró poco tiempo. Vino un cambio político y se vio perseguido. Quiso al principio acogerse de nuevo a la bandera española; pero había perdido ya sus derechos. Clamó contra España, blasfemó contra Costa Rica y finalmente decidió irse a vivir a Francia, ¡Francia sí era un país habitable!

Cuando Julio llegó a París, fue a visitar al “desertor”, así le llamaba don Teodoro en son de broma. Lo recibieron con gran cariño y desde entonces llegó a casa con frecuencia. Don Joaquín tenía varias hijas a quienes Julio trataba con suma confianza, pero sin fijarse nunca en ellas de una manera especial.

Cierto día lo invitaron para un baile blanco; Margarita, la menor, cumplía veinte años. Espléndido estaba

el salón. ¡Cómo resaltaban entre una explosión de luz los fracs negros y las vestes blancas! Cuando se reunían varias damas, parecía tenerse delante, agrandadas por una lente poderosa, las nubes que adornan las concebidas de Murillo y ostentaban, entre su vaporosa albura, las risueñas y sonrosadas cabezas de los serafines. Entre uno de estos grupos acertó a ver a Margarita. Estaba encantadora. La agitación y el calor habían puesto sobre sus mejillas pálidas un desvanecimiento de púrpura, semejante al último reflejo de una aurora boreal cayendo sobre un lampo de nieve. Sus ojos brillaban con luz extraña, y el placer convertía su expresión ligeramente triste en una expresión lánguida, tenue y soñadora.

En aquel instante Julio se fijó, por primera vez, en aquella criatura angelical. Estuvo largo tiempo con ella durante la noche y desapareció entre ambos la antigua confianza, para quedar sustituida por una galante etiqueta. La confianza del amor no es la confianza de la amistad. Es preciso que muera una para que nazca la otra, y sobre las cabezas de Julio y Margarita ya comenzaba a aletear débilmente, con sus alitas impalpables de oro y rosa, el dios pequeño, el dios terrible.

A medida que Julio profundizaba en el alma de Margarita, se asombraba más de no haberla comprendido antes. Julio amaba las artes y Margarita poseía un delicado temperamento artístico; Julio era un soñador y Margarita vivía forjando sueños; Julio tenía una naturaleza sensible y Margarita era la encarnación de la misma sensibilidad. Sus espíritus se compenetraban en el sentir y en el pensar. Contra la costumbre de todos, ellos no solían hablar más que en castellano. Ella creía encontrar en ese idioma algo de su madre muerta que nunca le habló en otro; él creía sentir en los vocablos de esa lengua palpitaciones de su patria ausente, donde aún creía que se hablaba.

¡Cuántas veces, él con la mirada del recuerdo, y ella con la de la fantasía, recorrieron los lugares donde floreció la infancia de Julio! Admiraron aquellos bosques salvajes, llenos de olores vírgenes, de murmullos extraños, de sombras desconocidas; salpicados de infinitos matices por flores hijas de la selva; habitados por seres

huraños y exóticos; cruzados por todas partes de ríos y riachuelos, remansos y cascadas; grandes, soberbios en la plenitud de su existencia primitiva; o bien, se complacieron en reproducir, a través del océano, aldeas sencillas o ciudades microscópicas, recostadas en las faldas de los montes, besadas por linfas de plata, enriquecidas por las caricias de los céfiros preñados de aromas y henchidos de vida, o sintieron tentaciones de llorar, a la memoria o a la ficción de la casa paterna, cubriendo con su techo tosco tanta nobleza y tanta virtud.

Qué gratas pasaban sus horas y cómo se estrechaban y fortalecían las ligaduras de sus corazones, que parecían unidos con el sello de lo inmortal.

X

El anarquismo, agobiado por una guerra sin tregua ni cuartel, se hallaba adormecido, aunque no muerto. De cuando en cuando hacía sentir su despertar con una explosión y un siniestro. Como toda evolución que lleva en sus entrañas una gran idea, sabía trasponer todas las vallas. Ya caería su monstruosidad y quedaría su gloria. Entre tanto, cumplía su misión de hacha, de tea, de tempestad: abrir camino al socialismo científico; quemar lo inútil para dar con las cenizas abono a las nuevas ideas; tronar en los espacios para purificar el aire destinado a la nueva vida.

Su última demostración había sido horrible. Un gran orador sagrado predicaba en el templo de Nuestra Señora: el templo estaba lleno; en aquella multitud había retazos de todas las esferas sociales; se rozaban el andrajo y la seda, el poderoso y el humilde, el que persigue la piltrafa y el que domina con ella; el que come caprichos y el que ayuna a pan negro; el que tiene derechos y el que no los tiene. Los grandes actores no apartaban sus

ojos del predicador: iban por estudio; los grandes literatos no quitaban oído: iban por curiosidad; las grandes damas volvían y revolvían sus miradas por todas partes: iban a ver y a ser vistas; el populacho exhausto iba a matar el hambre con el bullicio y a calentar el cuerpo con la aglomeración. La voz del predicador vibraba con ruido de aleteos sobre aquel mar de cabezas.

De pronto algo plateado trazó una curva en el espacio y cayó en medio de la multitud: era una bomba. A la caída siguió la explosión, a la explosión, el asombro, la gritería y el desorden. Todos quisieron salir al mismo tiempo. Se oían los lamentos de los heridos, las quejas de los que rodaban por el suelo, arrollados por la multitud, los ruegos, las blasfemias, las imprecaciones y, sobre todo aquello, dominando el estruendo, la voz del sacerdote que desde lo alto del púlpito, con acento apocalíptico, decía:

—Maldito, maldito mil veces el que así profana la casa de Dios. Las iras del Eterno caigan sobre el impío —y bajando la voz, al ver a los que se retorcían moribundos por el suelo, tendió sobre aquel cuadro de agonía y sangre sus manos lívidas y regó sobre ellos el consuelo de la absolución.

XI

En la noche de aquel día, como en todas partes, el trágico suceso se comentó en casa de don Joaquín. A grandes pasos cruzaba éste la sala, tronando con voz ahuecada y sañudo gesto contra los anarquistas y la insuficiencia de las leyes.

—Debilidad —decía—, debilidad es lo que sobra, y energía lo que falta. Esos hombres deberían ser cazados en las calles como fieras. Un premio debía darse al que presentase la cabeza de un anarquista conocido. Pero no: yo sé que a ese bandido de Pussilli le seguirán causa y lo tratarán como gente y finalmente hasta lo matarán con grandes consideraciones. Y quieren acabar con la plaga: ¡buen modo! Que les apliquen el tormento; que los hagan confesar, y después, con ellos y sus cómplices a la horca; sólo en la horca puede asegurarse que están en el lugar que merecen. Eso sí es hacer algo.

Julio y Margarita, que ocupaban una esquina del salón, protegidos por la sombra, habían dejado sus cunchicheos para oír las últimas palabras de don Joaquín,

pronunciadas con enojo, con firmeza, con acento de amenaza.

Sabes —dijo Margarita con voz casi imperceptible— que me parece que papá tiene razón. Tú conoces cómo soy; no puedo consentir que en mi presencia se mate ni un escarabajo; pero esos anarquistas..., la verdad que esos anarquistas me horrorizan; los deberían acabar a todos.

Julio fijó tiernamente sus ojos en Margarita, y con la inspiración, con la fe con que hablan los individuos de temperamento nervioso, cuando el espíritu predomina sobre la materia, le dijo:

—Ciertamente esos atentados son repugnantes, esas tragedias horripilan; ¡pero si tú supieras de dónde nacen! Son explosiones de hambres contenidas, de largos inviernos sin abrigo y sin hogar; vienen de la angustia de ver a los hijos revolcarse sobre un montón de paja exhaustos por la necesidad, después de haber corrido el padre todo un día la ciudad y sus alrededores en busca de trabajo, de cualquier trabajo; son manotadas de fiera herida, convulsiones de la miseria, sacudidas del harapo. Nosotros, los que tenemos todo, no sabemos, ni pensamos en los que nada tienen. ¡Si tú vieras las miserias de las buhardillas, los horrores de esas casas habitadas por los hambrientos, verdaderos almacenes de bestias abandonadas! Y ésos son los poderosos entre ellos; los hay más infelices

todavía. Hay muchos que no tienen casa. Duermen sentados en largos bancos de madera, con apenas la cabeza apoyada sobre una cuerda tirante, y hay otros más desgraciados aún, que ni eso tienen: después de un día sin comer, pasan las noches errando de un punto a otro, como hojas secas arrastradas por el aquilón. A veces se recuestan en el banco de una plaza y se quedan dormidos; inmediatamente viene el encargado del orden público, que no puede soportar esos desórdenes, los despierta y les dice, como la voz del Eterno al Judío Errante: “anda”, y el andrajoso, el hambriento, el que tiembla de frío y gruñe de cólera, tiene que seguir su ruta sin término, viendo a través de los cristales a los que comen y beben, o en los abrigados coches al oro y la púrpura, al placer y al crimen, que van en busca de un lecho que él no encuentra bajo el cielo plomizo y lagrimante de nieve, que alberga a tantos venturosos, a tantos ricos y a tantos malvados.

—Hacen mal, lo sé —añadió con menos calor—, su proceder no conduce a nada; pero esas monstruosidades abrirán camino al socialismo, que en el fondo no es más que la caridad predicada por Jesús, por el divino Jesús”.

—Sí, yo no niego que hay muchas miserias —repuso Margarita— y que nosotros no nos portamos bien con los pobres; pero haber hecho lo que hizo ese hombre hoy en el templo, ¡qué sacrilegio!

—El estómago vacío no es buen consejero y el corazón despedazado menos. Ese infeliz ha visto a su madre morir de hambre no hace muchos meses. Ya ese hombre no creía ni en Dios. Era un engendro diabólico de las injusticias humanas.

Mientras ellos hablaban así, don Joaquín alzando más el tono de la voz y haciendo más sombría la expresión de su rostro, exclamaba:

—Que se están muriendo de hambre, que no tienen dónde trabajar, pues que mueran honradamente y se acabó. Los débiles, los que no pueden luchar en buena lid que desaparezcan. Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir a los impotentes. El árbol que se cae es por falta de resistencia o por estar su tronco carcomido; que caiga en buena hora, servirá siquiera de abono. No hay remedio, quien puede, puede; lo que debe extinguirse que se extinga.

XII

Después de aquella noche, se verificó en el alma de Margarita una completa transformación. Marcose más su sensibilidad enfermiza y sus ideas se confundieron sin juntarse. Un desborde de caridad le hizo comprender los horrores de los dramas anarquistas y explicarse sus atrocidades. Ella tan dulce, tan inofensiva, le halló explicación al crimen; ella tan religiosa no rechazó el sacrilegio. Su espíritu fluctuaba en una perpetua vacilación, sin que hallaran las ondulaciones de su alma un punto de remate.

Julio había abierto a sus miradas un horizonte desconocido, había torcido el curso de sus ideas. Él no era partidario del anarquismo como se había mostrado aquella noche; y su entusiasmo nació solamente del afán de contrariar los modos de pensar de don Joaquín. Aquel viejo egoísta y rudo le repugnaba y sentía placer en hacer que la hija no pensara en armonía con el padre. Lo cierto es que su obra se consumó. No podía ser de otro modo: Margarita era una neurasténica hasta el lí-

mite del histerismo; una enferma, una verdadera enferma. Había en ella una gran degeneración. Su padre la engendró ya viejo, su madre la concibió agobiada por la nostalgia, herida de muerte por una suprema laxitud.

Aquella mujer era la encarnación de su raza. En fatales condiciones vino al mundo y en vez de sujetarla a un régimen fortalecedor, enérgico, se le acrecentó el mal. Era noble, pero impotente; soñaba el volar, pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolución para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías. Esa generosidad y esa ductilidad la ponían al arbitrio de todo lo que atrajera su imaginación o superara sus fuerzas.

Razón había, en tal caso, para que la modificaran las palabras de Julio. No pasa otra cosa en los pueblos jóvenes, nutridos con sangres gastadas y educados en falsos principios: se entregan a los ideales o se inclinan a los yugos; ofrecen su hermosa virginidad a los falsos profetas o gimen bajo la garra de los tigres. El caso es que siempre están expuestos a ser devorados por un coloso o engañados por un farsante.

XIII

Julio gozaba con la ductilidad de Margarita. Enorgullecíalo el que su inteligencia jugara con el alma de aquella mujer, como las olas encrespadas juegan con un esquiife. Estaba satisfecho de imprimir forma a aquella planta nueva. Tenía la seguridad de levantar los vuelos de su espíritu hasta hacerla superior a todas las mujeres, lo cual para él, en el fondo, no era mucho, ya que el sexo femenino no le merecía el menor aprecio. ¡Pero Margarita sería muy superior!

Complacido de su obra, no veía que su volubilidad y sus caprichos imprimían diariamente distinta dirección a las ideas de su amada, no logrando otra cosa que hacerlas menos profundas y más agudo su exagerado neurotismo. Ignoraba que, para educar bien, es preciso calar hondo; que las naturalezas de enfermiza sensibilidad no tienen más fuerza que la del carácter y es necesario enseñarles el dominio de la voluntad.

Pero ni uno ni otro estaban en condiciones de reflexionar. Se habían entregado sin reserva las virginida-

des de sus almas. Él había saboreado el placer y la pasión: había vivido con una griseta y hecho varias locuras por una *cocotte*; pero nada más. Ella desconocía toda sensación y todo sentimiento en el campo del erotismo, antes de conocer a Julio. Amaban ambos por primera vez, y se dejaban llevar como átomos arrastrados por el viento, impotentes para luchar contra la fuerza que los empuja.

De pronto vino a despertarlos de su dulce soñar la violenta sacudida de la separación. Don Teodoro llamó a Julio y fue forzoso regresar al país natal. Pronto volvería a Europa y se efectuaría el matrimonio con Margarita. Ésta era la promesa de su padre.

¡Qué dolor para ambos! Julio y Margarita lloraron sin reservas y soñaron sin tasa. Forjando proyectos y acariciando esperanzas, endulzaban algo tanta amargura. Sin embargo, Julio creía encontrar en la pena de Margarita un motivo más de angustia que la ausencia y el amor: la desconfianza. Aquella mujer temía que Julio no volviese, y viendo a sus hermanas siempre aburridas y malhumoradas por el celibato, sentía ella todo el horror del solterismo. Joven educada para ese único fin, temblaba al sólo pensamiento de que éste no se realizase. Sufría la esclavitud a que condena la impotencia en las mujeres que no hallan más porvenir que la unión con un hombre que salve su debilidad. Estos pensamientos molestaban a Julio que no acertaba a confesarse toda la

culpa que tenía en aquel egoísmo. Se había hecho indispensable como elemento de fuerza y no como colaborador en ideas y pensamientos, y Margarita no podía prescindir, ni con la imaginación, de esa necesidad.

Cuando se halló lejos de ella, tal preocupación se disipó y una vez más enorgullecióse de ser el complemento, parte de la vida de una virgen digna de ser muy amada. Por eso, al ver a Emma tan varonil, tan suficiente por sí misma para la lucha de la vida, tan poco preocupada del matrimonio, renació con más fuerza en su corazón el recuerdo de Margarita, toda debilidad, toda timidez, acogida a él como el arbusto que busca arrimo junto al duro tronco que lo salve de las lluvias y los huracanes.

XIV

Julio se levantó muy temprano con la intención de recorrer los sitios tantas veces trillados en su niñez y que encerraban los mejores y más firmes recuerdos de su vida. Quería, con la imaginación, volver a la infancia.

Descendió al jardín que extendía frente a la casa el derroche de sus matices como una gran alfombra oriental al pie de un trono. Allí estaba Emma. Recogía rosas y formaba un ramillete. En el momento en que Julio la vio, un naranjo en flor, cual si estuviera salpicado de nieve, alzaba sobre ella su tupida copa que a cortos intervalos lloraba lágrimas blancas.

La naturaleza tropical mostraba sus gigantes energías hasta en las debilidades de un jardín. Las plantas más raquíticas tenían algo de grandioso; parecían satisfechas de la fecundidad y vigor del seno que las alimentaba. Se erguían con la plenitud de su savia joven y poderosa, enorgullecidas de su primavera eterna. El cielo tan diáfano y el sol tan puro ayudaban a vigorizar la naturaleza. Una lluvia de oro candente caía sobre un

mar de verdura esmaltado por el rocío matinal y llovido de todos los colores del iris que vivían en aquella florecencia abrumadora.

Emma, con su falda oscura y su camisa varonil de tinte pálido, que hacía resaltar la blancura de su cuello coronado por la mata azabachada de su melena oscura, le pareció a Julio, en medio de aquel jardín, que despertaba con la aurora lleno de esencias y de sexualidades, como la representación de la vida, de la fecundidad. Las rosas que aprisionaban sus manos eran frescas y purpuradas como sus mejillas; algunas blancas, como su frente, como sus manos, como su cuello. Su adorable sonrisa tenía, semejante a aquel sol de mayo, esparcimientos de alegría. Estaba encantadora.

Cuando oyó pasos volvió la cabeza.

—Ah, Julio, ¿es usted? —dijo, con un acento imperceptible, como el saludo de los campos a la aurora—. No creí que se levantase tan temprano. En París no son madrugadores.

—Ciertamente, no tengo costumbre de ver la salida del sol, pero hoy deseaba dar un paseo por mis viejos rincones. ¿A usted no le gusta pasear por el campo?

—Mucho, y no me canso nunca. Si no le molesta, iremos juntos a ver esos rincones de que usted habla.

Un coloreo de púrpura bañó el rostro de Julio. Sentía como vergüenza de aventurarse con aquella linda cria-

tura solos por el campo. Imaginaba que en aquel paseo había una traición a Margarita.

Pronto reflexionó y se disiparon sus escrúpulos. Nada tenía que se acompañase de su prima para recorrer los sitios de sus recuerdos. Menos aún tratándose de una mujer varonil, fuerte, sonrosada, que no podría nunca entrar en el molde de sus ideales.

Salieron del jardín y caminaron por una abovedada galería de verdura, hecha de grandes árboles que estrechaban sus ramas hasta formar una ceñida red de hojas impenetrable para el sol. La humedad del suelo dejaba crecer un musgo fino y afelpado que fingía un blando tapiz de seda, y en los márgenes, como brazaletes ceñidos a los troncos y que extendían sus dijes a los lados, se veían coronamientos de margaritas y violetas que parecían vivir en una hermandad inalterable. Surgían de abajo perfumes embriagantes y descendían de arriba trinos arrulladores. El sol no se miraba, pero se sentían sus cálidas palpitaciones en el ambiente tibio.

La selvática galería desembocaba en una altura que dominaba el valle. Un océano verde extendía abajo su inmensidad y se movía con el mismo compás de las ondas.

Julio, muy pálido, respiró fuertemente al salir, como si tuviese el pecho oprimido y dejó escapar una exclamación de entre sus labios trémulos.

—Esto sí es aquello —dijo con satisfacción.

—¿Lo reconoce usted? —preguntó Emma.

—Perfectamente. No ha cambiado el panorama. Tal vez haya más civilización en el cultivo; pero no se observa a primera vista.

—¡Oh!, allá está mi cascada —exclamó de pronto señalando hacia unos peñascos que se veían a lo lejos, cortados por una faja blanca que se ensanchaba al caer y tenía reflejos argentinos, como si fuera una falda de tul colocada sobre el espaldar de una silla y salpicada de lentejuelas de plata.

—Vamos allá —dijo Emma, y comenzó a descender dando pequeños pasos para pisar firme sobre el terreno blando.

Y los dos se perdieron en el mar de verdura, sintiendo la humedad y el frío de la mañana, y respirando los olores de tierra mojada y de capullos recién abiertos. Había momentos en que los árboles altos, unidos, los envolvían en una semioscuridad deliciosa, o eran separados y pequeños, que dejaban sus bustos inundados por un torrente de luz. En estos momentos podía verse la cascada herida por los rayos oblicuos del sol naciente que la franjeaba de iris y la cubría, en las curvas que formaba el agua al rebotar de roca en roca, con láminas de oro y plata, a veces atonadas de los reflejos del cobre.

Y seguían avanzando. Observaciones aisladas y palabras sueltas formaban su conversación. La falda de Emma se enganchó en una espina y Julio se arrodilló para desprenderla.

—¿Nunca se había usted arrodillado ante una mujer? —preguntó Emma sonriendo.

—Nunca; pero en esta ocasión ya merece la pena de hacerlo —dijo él sonrojándose de pronto e irguiéndose violento como arrepentido de su galantería.

Y llegaron, al fin, a la cascada. Emma comenzó a subir por las rocas en que la naturaleza parecía haber arquitecturado una escalera. En lo alto un sauce, como protegiendo la caída, echaba su follaje hacia adelante y derramaba una sombra bienhechora. Perdido entre los árboles se veía culebrear el riachuelo que iba a despeñarse saltando de escalón en escalón, y haciendo surgir en sus rebotes borbotones de espuma que parecían montecitos de plumón de garza.

Estaban muy fatigados; sentáronse a reposar sobre una piedra. Ella alzó hasta arriba de las cejas el velo blanco, llovido de puntos rojos, que cubría su faz, y él puso sobre sus rodillas el sombrero de paja, mientras se enjugaba con el pañuelo el sudor que corría por su frente.

Julio sintió de nuevo la impresión que lo había dominado en el jardín al hallarse a solas con Emma.

Vergüenza, temor, algo como una leve mordedura de remordimiento. Lo embargó el deseo de hablar de Margarita, de hacer confidencias a Emma, como para justificarse, ante sí mismo, de un acto que nada tenía de punible y llevó la conversación a este punto.

—Cuántas veces he recordado en París este sitio y he hablado de él con verdadero amor —dijo tristemente.

—¿Muchas veces? Pero ¿con quién allá? ¡Ah!, ya comprendo, con su prometida, seguramente.

—¿Mi prometida? —repuso él con acento vacilante. Y como si se arrepintiese de aquella vacilación agregó con firmeza: —Sí, con mi prometida —y rompió a hablar de ella entusiasta, acaloradamente. Recordó sus encantos, sus debilidades, sus caprichos, hasta su cambio altruista después del suceso de Nuestra Señora. No omitió un detalle, un pormenor, una simpleza. Emma escuchaba llena de profunda atención. Cuando hubo terminado, con acento compasivo, tierno, casi maternal, exclamó:

—Pobrecilla, debe ser casi un niño.

“Casi un niño”. Aquella frase comenzó por pegarse a los oídos de Julio y acabó por picarle en el corazón.

¿Qué mérito tenía el haber dominado, modificado, transformado a un ser que era casi un niño? Su conquista, su gran conquista, debía encontrarla Emma cándida,

demasiado sencilla, y se avergonzó de su confidencia. También, y esto él mismo no se atrevía a confesárselo, se avergonzó de la debilidad, de la ductilidad de Margarita.

Aquel mismo día Julio escribió a Margarita y le refirió su confidencia a la prima. Creyó cumplir un deber haciéndolo así. Omitió, sin embargo, el nombre de Emma y el sitio de la confidencia. Le pareció que nada de malo había en aquella omisión. ¿Para qué hablar de Emma, si no hacía más papel que el de prestar sus oídos bondadosos para escuchar las frases de un hombre que hablaba con entusiasmo de su amor? Por lo demás, la carta era tiernamente sincera. Le refería sus tristezas de ausente, sus desengaños de la patria, el cambio de ésta, y terminaba con grandes protestas de pasión y ofrecimientos firmes de volver a París muy en breve.

Después de escrita la carta, leyola cuidadosamente y, cosa rara, lo que no había sentido al escribirla experimentolo en aquel momento: cierta mortificación por no haber nombrado a Emma, ni hecho reseña exacta del paseo de la mañana. Creyó que obraba mal y agregó una posdata que simplemente contenía una mentira.

Emma, mi prima —escribió—, me encarga mandarte sus recuerdos. Le he hablado tanto de ti que se ha impresionado.

Después, otras frases de amor, más expresivas, más fervientes que las anteriores.

Descargada así la conciencia, se apresuró a cerrar la carta. En aquel momento, entró en la estancia don Teodoro. Venía con la grata nueva de que su hermano Tomás, después de concluir un gran negocio ferroviario en Honduras, estaría de regreso dentro de dos días.

—Me alegro infinito —exclamó Julio—. Tengo gran deseo de ver a mi tío. Apenas me acuerdo de él. Creo que es un hombre superior. Sus hechos lo demuestran así.

—Ya lo creo —repuso don Teodoro—. No tiene otro defecto que su americanismo. He ahí la única causa que hemos tenido para reñir en la vida. ¡Ah!, si Tomás hubiera comulgado con mis ideas, ¡cuánto hubiera podido hacer poniendo al servicio de la buena causa su claro talento! Pero, vamos, no todos son como yo.

XVI

Don Tomás era alto, delgado, la color moreno, despejada la frente, resuelto el andar, su acento firme y enérgico, su actitud reposada. Julio no pudo resistir al influjo de su poderoso talento, aunque sus tendencias americanistas le eran antipáticas. Por acaso habían hablado de estos asuntos, una que otra vez, cuando cierto día, de sobremesa, estalló en toda su plenitud la discusión.

—Sí —decía don Tomás—, convéznase usted. Estos pueblos estaban llamados a desaparecer. No tenían derecho a vivir. La encina que cae sobre el arbusto lo aplasta. Los pueblos sin personalidad, sin energías, sin ideales, mueren; y el nuestro no tuvo nunca ni ideales, ni energías, ni personalidad.

—No comprendo —repuso Julio algo exaltado— por qué razón un pueblo no ha de tener, como todos, derecho a la vida y a la libertad, sea cual sea su condición.

—Sencillamente porque no se hizo acreedor a vivir y a ser libre. Déjeme usted explicar mis teorías refiriéndome a nuestro país, pero no se exalte, se lo suplico.

Discutiremos tranquilamente —hizo una pausa y continuó—: Pues bien, como he dicho, una de las tantas causas que hallo para la desaparición nuestra es la impersonalidad. Le haré algunas observaciones en el arte. Como artista, me comprenderá mejor. ¿Usted pinta, no es cierto?

—Emborrono —masculló Julio.

—Y ¿conoce usted en la pintura centroamericana cuadro alguno que represente nuestras costumbres, nuestra naturaleza, nuestros episodios históricos? Ninguno seguramente. Y si usted analiza las otras ramas del arte, encontrará lo mismo.

Don Tomás se había puesto de pie y hablaba con creciente calor.

—Un escritor del siglo pasado —continuó— dice que si se perdiera la historia de la humanidad, las obras de arte serían un poderoso auxiliar para reconstruirla. Eso no reza con nosotros. Nuestros poetas, nuestros literatos, han desdeñado el escribir sobre asuntos nacionales. Así como nuestra pintura se ha agotado en copias de los grandes maestros, y no directamente de los originales, sino de malos cromos, oleografías y grabados, así nuestros escritores han ido siempre pisando las huellas de alguna otra literatura y no, por cierto, de las mejores. En el fondo, hemos sido los primeros en despreciar todo lo nuestro.

—Yo creo que hemos seguido la ruta que debíamos —repuso Julio—. Pueblos tan jóvenes no podían ser originales. Tenían que andar un camino trillado al principio; ya abrirían, más tarde, el suyo propio. Pero, despreciarnos, no veo que nos hayamos despreciado.

—Vamos, que parte usted de un error. Los pueblos jóvenes, casi niños, son precisamente los más originales. Y si no, recuerde usted los grandes poemas. Son producto de los pueblos casi bárbaros, y esa idea tampoco es mía. La he leído en... Macaulay..., sí me parece que es de Macaulay. En cambio, amigo mío, los pueblos decadentes son siempre imitadores.

—Pero en eso pudo haber contribuido nuestra educación colonial.

—Justo, usted lo ha dicho, ése es otro motivo de que desaparezcamos. La educación colonial nos tornó *impersonales*, permítame que use esta palabra, e indiferentes —y como si variara de pensamiento agregó—: Vea usted, los indios vivirán más que nosotros. Sean estos países de quien sean, siempre estarán representadas las razas primitivas, por las ruinas de Palenque y de Copán, por la marimba, por el tun tun y las chirimías. Eso es la expresión de una raza. Nosotros hemos desdeñado todo eso. Nos ha seducido la civilización en todas sus fases y en todas sus formas y hemos corrido tras ella con un afán insaciable. Hemos dejado todo lo nuestro por coger cualquier cosa de lo ajeno.

Nos hemos amoldado con facilidad al modo de ser de los que querían que nos amoldáramos a ellos. He ahí por qué los indios fueron conquistados y nosotros somos absorbidos. Si hubiéramos girado en una órbita propia, nos hubiéramos salvado del peligro, aun haciéndonos acreedores a la censura; pero hemos querido girar tan cerca de la órbita americana que hemos sido víctimas de las leyes de atracción. Caímos en el gran astro como los aerolitos caen en la Tierra. Un sol tan próximo deslumbra, deslumbra, convéznase usted.

Don Teodoro, que por lo general no hablaba en presencia de su hermano, no pudo menos de terciar en la conversación.

—Tú exageras, Tomás —dijo—. Ese gran pueblo habrá deslumbrado a unos cuantos, a los débiles, a los impotentes; pero los corazones firmes no se dejan deslumbrar. ¿Quién ha vivido más entre los *yankees* que yo? ¿Quién se ha servido más que yo de sus energías? Y, sin embargo, giro en mi órbita propia, no he perdido mi humilde personalidad. Ya ves que pronto te ofrezco un ejemplo para combatir tus teorías.

Una sonrisa levemente irónica desplegó los labios de don Tomás, que repuso con acento paternal:

—Vamos, Teodoro, no me obligues a decirte la verdad. Tú eres más *yankee* que ninguno, más que todos nosotros, más que yo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Mira la fábrica: no hay en ella un solo elemento del país; repasa tu biblioteca: sólo encontrarás obras en inglés; recorre tu casa: los muebles, los criados, las comidas, las costumbres, todo pertenece a la raza que afirmas odiar tanto.

—¡Qué gracia! —exclamó don Teodoro, riendo con franca risa—. Entonces no comprendes mi modo de ser. Desprecio a esa raza, pero la utilizo. Tengo obreros norteamericanos, como tendría caballos normandos o vacas de Jersey: porque son fuertes, porque a la postre producen más. Eso no quita que aprecie doblemente a nuestro pueblo. En cuanto a libros industriales, ¿quiénes los tienen mejores en el mundo que ellos?, los utilizo también. Y por lo que toca a la casa, soy amigo de la comodidad y la tomo donde la encuentro. Pero soy siempre el mismo, esa gente no me cambia, no me puede cambiar.

Julio cortó la discusión temiendo la derrota que a su padre esperaba.

—Sus argumentos —dijo volviéndose a don Tomás con galantería— son muy sutiles e ingeniosos, hasta ahora; pero me permitirá decirle que no los creo de todo punto sólidos.

—No lo son, está usted en lo justo, pero es que aún no he terminado. He querido empezar por los más dé-

biles, por los que no tienen importancia. Voy a seguir *in crescendo*. Le hablaré de nuestros orígenes, de nuestras mujeres, de nuestra política, de todas las causas que, a mi ver, han influido en nuestra desaparición. Mañana continuaremos, si le parece. Hoy creo que tenía usted un paseo proyectado con Emma. Ya es hora... Las tres de la tarde.

XVII

A quella noche no pudo resistir Julio a la tentación de hundirse en las profundas reflexiones que los sencillos argumentos de don Tomás llevaron a su espíritu impresionable. Vio en el fondo de ellas un gran sentimiento de verdad. ¿Había —empezando por él mismo—, había un ser menos original? Él, que sentía cierta compasión hacia su padre al verlo arrastrado por el torbellino *yankee*, y cierta repugnancia por su tío, al verlo echarse voluntariamente en ese torbellino, ¿era, por ventura, más que el uno o que el otro? ¿Representaba él a su raza dignamente? Nada menos que eso. Él era un ser híbrido, cosmopolita, lleno de un falso patriotismo, que no era en el fondo sino una necia preocupación. Su padre era el débil arrollado por el fuerte; su tío, el audaz que mantiene contra todo evento sus opiniones; él era casi un extranjero, libre del mal por no haberse expuesto al contagio, pero impotente para atacar al mal mismo. ¿Y él representaba a su raza agonizante? ¡Qué locura! Don Tomás sí tenía una figura de

líneas inconfundibles, de contornos propios: enérgico, resuelto, implacable. Hundía firme el puñal en las entrañas de los suyos convencido de que obraba bien, de que cumplía como hombre honrado. Sus hijos no eran menos que él. Frutos dignos del árbol que les dio vida: Santiago, el propagador infatigable de sus opiniones, el hombre de lucha, el apóstol; Emma, la sublime mujer de la raza *yankee*, independiente, varonil, enérgica, sin el terror del solterismo, ni la necesidad del macho como portador del sustento.

¡Qué diferencia entre ellos y él, entre ella y Margarita! Él tenía el apasionamiento en la palabra y la impotencia en la acción. Era capaz de sentir, pero no de hacer. Y entre Emma y Margarita, también, ¡qué diferencia! La segunda era el prototipo de su raza, engendradora por el vicio de las costumbres; de la mujer latina, sublime, pero impotente; imperfecta, incapaz, incompleta. ¿Quién podrá decir si Margarita lo amaba o si no veía en él más que su complemento, su salvador del ridículo celibatismo, su báculo para subir la áspera pendiente de la vida? En cambio, Emma, cuando amara, amaría por necesidad de amar, por el cumplimiento de una gran ley: la ley de la naturaleza.

Así evolucionaban sus ideas cuando sintió algo como el toque del remordimiento. Volvió sus ojos al retrato de Margarita y se le arrasaron de lágrimas los ojos. Lloró

sinceramente y le pareció que renacía en su alma, más fecundo y más fuerte, el amor a la niña débil, incompleta y enfermiza.

Comenzó a desvestirse lentamente, con la lentitud desdeñosa del que tiene su espíritu embargado por contrarias ideas, desanudó el lazo de su corbata y dejó caer los brazos con profundo desaliento. No se le ocultaba que si se metía en el lecho no lo dejarían dormir sus infinitas preocupaciones, que un insomnio doloroso, desesperante, lo martirizaría. Volvió los ojos a todas partes como en busca de refugio. Sintió en el alma un frío glacial. Aquel cuarto, con ser suyo, con estar bajo el techo de la casa paterna, le producía una impresión extraña de vacío, de soledad, de desaliento, sentíase como extranjero en su propia patria, en su propio hogar.

Los libros que estaban sobre la mesa y sobre el velador le eran perfectamente conocidos y no podían distraer su atención, menos aún en aquella noche de sobresalto y duda. Asomose al balcón y ante sus ojos vio surgir la fachada oscura, severa, de la fábrica, con sus largas chimeneas apuntando al infinito, donde la luna paseaba su disco de plata, lloviendo su luz sobre la hermosa tranquilidad del paisaje. Aquel edificio vino a producirle nueva molestia; cerró las vidrieras y entró a su cuarto sin saber qué determinación tomar. En aquel momento el reloj de la fábrica desgranó en el ambiente dormido

once campanadas que dilataron sus vibraciones como en una agonía de sonido hasta perderse en el augusto silencio de la noche. Esto le acabó de contrariar. ¡Las once! Cuánto faltaba para que amaneciera. Entonces pensó en bajar al escritorio; allí, acaso encontraría un libro interesante que leer o podría, por lo menos, entretenerse, mientras el sueño acudía, hojeando los volúmenes de la biblioteca que sin duda le eran desconocidos.

Tornó a ponerse las piezas de ropa que se había quitado, anudó la corbata con la misma lentitud fastidiosa del que mata el tiempo y con paso negligente se dirigió al escritorio.

La estantería, un mueble de caoba tosco y sin arte, ocupaba uno de los lados de la pieza en toda su extensión. Su altura era tal que, elevando el brazo, sin gran esfuerzo, una persona alta podía fácilmente alcanzar el último tramo. Estaba totalmente llena de libros en su mayoría empastados en tela y de encuadernación lujosa.

Julio se aproximó y a través de los vidrios se puso a recorrer los títulos con indiferencia mecánica. Todas las obras estaban escritas en inglés y se ocupaban de asuntos relacionados con la industria, cultivada por su padre. De pronto se detuvo a ver con más atención; levantó la mano, dio vuelta a la llave que estaba puesta en la cerradura y, abriendo una de las bandas, sacó un volumen que comenzó a examinar cuidadosamente.

History of Central America era una obra en más de diez volúmenes. Llamaron la atención de Julio los grabados, mapas, planos, cuadros sinópticos. Uno tras otro, fue curioseando los tomos y, válido de su poco inglés, leyendo los respectivos índices. La obra, a juzgar por éstos, debía ser sumamente importante: historia, geografía, agricultura, artes, ciencias, literatura, todo se encontraba en ella, tratado extensamente. Si hubiera sabido inglés, en aquel mismo momento se hubiera entregado a la lectura de aquella obra que despertaba de manera ardiente su curiosidad.

Cuando hubo revisado el tomo último, pasó sus ojos a otros libros y no sin sorpresa vio que aquel tramo, el más grande de la estantería, estaba ocupado por obras todas relativas a Centroamérica. Estudios sobre las civilizaciones, las razas primitivas, sobre los viejos monumentos, las costumbres, las teogonías, los conocimientos de los primitivos pobladores. Aunque en lo precolombino era mayor la abundancia de obras, no faltaban y muchas —que por su aspecto demostraban importancia— que se refirieran hasta a los tiempos actuales. A la vez que los ojos de Julio brillaban de interés, una sombra dolorosa nublabá su frente. Aquello era un comprobante de las palabras de don Tomás. Él estaba seguro de que aquellas obras no habían sido nunca traducidas al castellano, y que, a buen seguro, sus compatriotas no se habían jamás dado cuenta de ellas, ignorando en absoluto su

contenido. Algunas eran de fechas relativamente antiguas, lo que le hizo comprender que el conocimiento de estos países no se había impuesto al ir apoderándose de ellos, sino al contrario, que el estudio había precedido a la absorción y sin duda la había facilitado. Con angustia honda veía en su cerebro tomar relieve a los conceptos y apreciaciones de su tío.

—Sí, hemos sido muy descuidados —exclamó pasándose la mano por la frente como para enjugar un sudor que no la humedecía.

Cuando hubo agotado aquel tramo, atrajo sus miradas en el siguiente; sobre el lomo de un grueso volumen, un título castellano: *La Nación*. Eran los números coleccionados del periódico célebre en que don Tomás rompiera el fuego de su batalla *yankeesta*. Julio lo abrió con vivo interés y a saltos leyó trozos de algunos editoriales que lo sorprendieron por su serenidad, su solidez y documentación, pero que, en cuanto a la forma y estilo, dejaban mucho que desear. Dispuesto a leer minuciosamente la colección, tornó a colocarla en su sitio. A su lado otro volumen de igual tamaño, pero encuadernado con gran lujo, en el que se leía en letras de oro *La Patria*, excitó su creciente curiosidad. Era también una colección de periódico: el semanario en que su padre, y algunos otros exaltados, habían combatido duramente las ideas de don Tomás. Era *La Patria*.

¡Qué brillantes artículos! ¡Qué nobles ideales! ¡Qué lirismo rimbombástico y sonoro! ¡Qué patriotismo tan alto; pero a la vez tan místico! ¡Aquellos párrafos levantaban el alma y hacían concebir los más hermosos sueños! ¡Sueños!, ésa era la palabra. En cambio, faltaba solidez, peso, razonamientos, propaganda. Puestos los dos volúmenes en los platillos de una balanza, hubieran sido como un puñado de rosas, *La Patria*; como un puñado de monedas, *La Nación*.

Julio cerró el volumen y como falto de fuerzas se dejó caer en un cómodo sillón de cuero, tan cómodo, tan confortable, que sintió una grata sensación material, que casi dejó una gota de bálsamo en la profundidad de su amargura.

Rendido al peso del cansancio, más que físico, moral, echó la cabeza sobre el espaldar del sillón y se quedó dormido, soñándose en un blando y rico lecho, rodeado de mujeres altas, robustas, fuertes, blancas y sonrosadas como Emma.

XVIII

Julio despertó sobresaltado; habían venido a sacarle de sus dulces sueños las agudas notas del silbato de la fábrica que anunciaba el comienzo de las labores del día. Frotose los ojos con las manos en puño, miró con sorpresa a todas partes y en breve se dio cuenta de la realidad y de todo lo acaecido la noche anterior.

Pusose de pie y pensó en dirigirse, sin pérdida de tiempo, a su habitación para que nadie se apercibiera de que había pasado la noche en el escritorio; pero en aquel mismo momento apareció en el dintel de la puerta don Tomás. Llevaba un latiguillo en la mano y vestía traje de campo.

—¡Cómo! —dijo sonriendo—. ¿Tan temprano se ha levantado usted? Vengo de su cuarto y me sorprendió no encontrarlo en él; fui al comedor; lo he buscado por toda la casa; hasta que por último pensé que podría encontrarlo aquí entregado al estudio.

Julio se ruborizó: comprendía perfectamente que su tío no ignoraba que en aquel lugar debió pasar la noche, pues seguramente vio su lecho intacto.

—En efecto —dijo sin ocultar la verdad—, vine a leer anoche; leí un buen rato, luego después me senté en este cómodo sillón, me venció el sueño y a la verdad he dormido tan bien como si lo hubiera hecho en mi propia cama.

—No negará usted —repuso don Tomás sonriendo— que los muebles americanos son cómodos. En lo que hace a confort nadie puede disputarnos la primicia. El *yankee* sabe vivir —y agregó cambiando de tono:

—Siento que no podamos hoy continuar nuestra conversación interrumpida ayer; pero me noticiaron muy de mañana que la planta eléctrica de San Andrés, a unas cuatro leguas de aquí, ha sufrido un desperfecto y voy al punto a ver que éste se arregle. Tendríamos grandes pérdidas en la fábrica de tejido si el mal no se repara, a ser posible, el mismo día de hoy. Ya tendremos tiempo de concluir nuestra charla; no regresaré a Honduras tan pronto como tenía pensado. Conque hasta mañana, pues no volveré de mi excursión hasta muy tarde de la noche —y tendió cariñosamente la mano a su sobrino.

Julio pasó a su cuarto; con minuciosidad, mientras rumiaba mil contrarias ideas, preparó su *toilette* encaminándose con aire pensativo al comedor en busca de su padre.

—¡Hola! —dijo don Teodoro alegremente, mientras hundía su cuchillo en su grueso *beefsteak*—, los parisienses también madrugan.

—Los parisienses no; pero yo sí —repuso Julio simulando un gesto de sonrisa.

—Ahora tomarás un buen *beefsteak* y unos huevos, ¿no es así?

—No, papá; sabe usted que no acostumbro almorzar tan temprano; me basta y sobra con una taza de té y unas rebanadas de pan.

—Mal hecho; hay que prepararse para las tareas del día; es una excelente costumbre. No cabe duda, en todo lo que hace a materialidad, a animalidad, digámoslo así, los tales gringos son maestros. Es en lo único que vale la pena de seguir sus huellas.

Mientras el padre hablaba del tal guisa, Julio, sin poder reprimir una picaresca expresión, tomó asiento frente a él. Hubo una leve pausa que el joven interrumpió diciendo:

—Anoche he repasado cuidadosamente tu biblioteca.

—¿Qué tal? ¡Soberbia! ¿No es cierto?

—Difícil me sería dar una opinión, habiendo encontrado casi sólo libros en inglés y tú sabes que yo no entiendo ese idioma.

—¡Qué quieres! En materia de fábricas, de industrias, de maquinaria, no cabe duda, los anglosajones entienden la cuestión. Más todavía: de nuestra historia, de nuestra geografía, de todo lo nuestro, en una palabra, se han ocupado con interés y, seamos francos, con

bastante habilidad. Lo que digo y repito siempre: “éstos trabajan por nosotros y para nosotros”. Lo que importa es saber utilizar cuanto ellos hacen. ¿Comprendes mi idea? Así no te será difícil darte cuenta de por qué está como está formada mi biblioteca. Yo no me aparto nunca de mi ruta.

—También —agregó Julio deseando llegar al punto que buscaba— estuve leyendo algo de *La Nación* y algo de *La Patria*.

—¡Ah! —exclamó don Teodoro con pupilas que chispeaban de gozo—. Qué fuerte le dimos a los anexionistas. ¿No es así? ¡Qué varapalos!, ¿eh?

—Ciertamente —masculló el joven con amargura y, temiendo contrariar a su padre si emitía su verdadera opinión, agregó fríamente:

—Buenos golpes; pero...

No pudo concluir su frase. En aquel momento apareció en la puerta del comedor un hombre alto, moreno, como de unos 50 años de edad; vestía una levita cruzada de color negro, cuyas faldas bajaban de la rodilla; pantalón, también negro, y un sombrero de fieltro de alas anchas, ligeramente abarquilladas a los lados. Todo en su figura denunciaba al pastor protestante.

—Querido amigo —exclamó don Teodoro adelantándose a estrechar la mano del recién llegado.

—He sabido con placer —repuso éste— el regreso de Julio, y me he apresurado a venir a reconocerlo y a abrazarlo.

Julio, de pie, no distraía sus ojos del que hablaba, con la tenacidad del que trata de traer a su memoria el nombre de un sujeto a quien en otro tiempo se ha conocido.

—¿No recuerdas al señor, Julio? Vamos, si es nuestro viejo amigo Arizábal.

—Sin duda, el señor presbítero Arizábal.

—El pastor —masculló don Teodoro con voz débil, agregando:

—Siéntese usted, Arizábal. ¿Desea almorzar?

—Acepto, no he tomado nada más que una taza de té y eso muy de madrugada.

Mientras los criados con movimientos precisos de autómatas cumplían las órdenes de don Teodoro, éste deseando aclarar la embarazosa situación que advertía entre Arizábal y Julio repuso dirigiéndose a su hijo:

—Te explicaré cómo ha sido que dejaste en Arizábal a un sacerdote católico y vienes a encontrarlo hecho un ministro protestante. Sucedió...

—Permítame que lo interrumpa —dijo el pastor temiendo sin duda a las explicaciones de don Teodoro, mientras clavaba en Julio sus ojos penetrantes e inteligentes—. Como hay algo de íntimo en esta transforma-

ción la referiré yo y no tema —agregó volviéndose a Julio— que me extienda y menos en minucias personales.

—En vez de temerlo lo desearía. Penetraría con placer en esa curiosa psicología.

—Gracias. Debo advertir a usted que desde niño sentí en mi espíritu predominar una viva tendencia religiosa, y creciendo en el ambiente católico, en el seno de una familia por todo extremo católico, natural era que en este sistema de fe se encausaran mis aficiones. A su debido tiempo entré en el seminario y en el término justo me hice sacerdote. Creo no equivocarme si le digo que esto pasaba allá por la época en que usted se marchó para Europa. Entonces comenzaron mis arduas y tenaces luchas. Pronto me puse mal con el obispo y con mis compañeros. Yo tenía cierta comodidad para vivir y no me preocupaba de cobrar por mis servicios a la gente pobre. Mi prodigalidad les indignaba; vano era que yo les dijese que muchos no cumplían con el matrimonio religioso, por falta de fondos, que eso fomentaba el concubinato y perjudicaba hondamente nuestras creencias. Estos y otros argumentos les exponía para probarles que era preciso facilitar los vínculos entre la Iglesia y el pueblo; inútiles eran, en una palabra, mis explicaciones y mi atestado de motivos. Además, mi cierto espíritu de liberalismo les era insoportable y mi afán por difundir la enseñanza y fundar escuelas no fanáticas. Tal mi

vida cuando llegaron los primeros ministros protestantes; mi temperamento nervioso se sublevó y fui el más encarnizado de sus combatidores. Aún me hacen reír, cuando vuelvo a leerlos, los artículos que con tal motivo publiqué en *La Semana Católica*. Calmado un poco mi ardor bélico, con más sereno juicio, comencé a estudiar a los nuevos propagandistas. ¡Gran sorpresa! Aquel proceder, el seguido por ellos, era el que, precisamente, encajaba en mi modo de sentir, sin que contrariara mi hondo espíritu religioso. Comprendí que aquellas facilidades que otorgaban a todos, que aquella propaganda sencilla y franca, que aquel sistema de fundar escuelas bien organizadas era poderoso elemento triunfador. Adiviné el poder de la absorción religiosa. Fue aquella mi época de vacilación; pero eso es muy largo y muy íntimo y no hablaré de ello.

—Precisamente me gustaría conocer ese punto —interrumpió Julio que, fijo en Arizábal, lo escuchaba con creciente interés.

—Como he dicho, eso es largo y hoy no tendré tiempo de referírselo; como nos hemos de ver más, con gusto complaceré otro día sus deseos. Ahora sólo quiero explicar-le lo que llamaré la parte política de mi conversión. Política o patriótica, no sé qué nombre le cuadre mejor.

—Patriótica, y muy patriótica —exclamó don Teodoro con acento de autoridad.

—Vi, y fíjese usted, Julio —continuó Arizábal—, que aquella propaganda no sólo modificaba los sentimientos de fe religiosa, sino que influía hondamente en el espíritu de nacionalidad, torciendo su cauce; aquella propaganda *yankeezaba*, en una palabra. Eso me resolvió a dar el paso definitivo.

—Claro, y muy bien hecho —apuntó don Teodoro con el mismo acento de autoridad y convicción.

—Quise —prosiguió diciendo el pastor— coadyuvar a la propagación de unas creencias, o forma de creencias, que eran ya las mías por absoluta convicción; pero quise al mismo tiempo poner dique a la absorción espiritual, a la propaganda antinacionalista que en el fondo encarnaban. Un sincero patriotismo me impulsó a ello, se lo aseguro. Era joven y me consideraba fuerte para realizar con éxito mi plan: oponerme al *yankeesmo* religioso. Permítame explicarme así; no hallo otra manera de formular mi pensamiento.

—¿Y consiguió usted algo? —preguntó Julio.

—Nada. Mis antiguos compañeros destruían mi proyecto. Nunca, como en aquel entonces, fue más exigente y fanático nuestro clero católico que, permítame usted que le diga, es a quien en gran parte, en muchísima parte, se le debe la situación a que hemos llegado.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Después, la edad me arrebató energías, el trato con su tío don Tomás y otros de su talento y de sus tendencias, el peso mismo de los hechos, cambiaron mis ideas: me *yankeecé* también. No tuve el valor ni la firmeza de carácter de don Teodoro —concluyó diciendo, mientras acompañaba sus palabras de una maliciosa sonrisa.

—Cierto, cierto —repuso el fabricante irguiendo la cabeza con orgullo—. Usted, como tantos otros, aflojó, amigo Arizábal. ¡Qué le hemos de hacer!; ¡no puede exigirse que todos los hombres sean contruidos de la misma madera!

—He aquí la historia —repuso el ministro, interrumpiendo las últimas palabras de don Teodoro—. Del fondo saque usted las consecuencias de mis actos y quizá me conceda la razón. El catolicismo, como lo ha entendido su clero, fue antinacionalista, y antipatriótico —y añadió dirigiéndose a don Teodoro:

—Mi esposa y mis hijos están con su señora en el jardín; puesto que hemos concluido de comer, ¿no le parece que vayamos en su busca?

—Vamos —respondieron Julio y su padre casi a una voz y [los] tres se pusieron en marcha hacia el jardín.

XIX

Lamento —decía don Tomás, al siguiente día— no tener como mi hijo espíritu de propagandista. No sirvo para predicaciones, ni conferencias. Tenía el proyecto de hablar a usted largamente de los motivos que han dado margen a nuestra rápida desaparición y después de reflexionar he encontrado innecesaria mi tarea. ¿Usted se quedará algún tiempo en el país, no? Pues bien, lo que yo pudiera decirle ahora, usted lo verá prácticamente, lo comprenderá por sí mismo. Las palabras mías podrían tomarse por exceso de entusiasmo, por hijas de la parcialidad; en cambio, ante la evidencia, hay que inclinarse y usted se inclinará.

—Sin embargo, desearía oírlo —repuso Julio—. Nada hay más doloroso que los golpes de la experiencia, cuando son inadvertidos; prefiero estar preparado para sufrir. Reflexioné anoche en lo que hablamos ayer, y no dejaron de impresionarme sus palabras. Si eso ha pasado con los argumentos más débiles, los más fuertes,

quién sabe, tal vez me convencerán y sería mejor. Vengan, aunque sean ligeramente expuestos.

—No podría exponerlos de otro modo. Se me ha pegado de los sajones el laconismo. Yo voy al grano, directamente al grano. Además, lo que tengo que decir no requiere extensión. Mucho de ello usted lo conoce perfectamente. Lo tocante a origen y educación de ambos pueblos, por ejemplo. El pueblo *yankee*, educado en las prácticas de la libertad, en el ejercicio de sus derechos, muy dispuesto a dominar y muy opuesto a ser dominado; pero a dominar, no con el fuste en la mano, sino por un medio suave, de plácida asimilación. Nosotros, en cambio, sujetos a vergonzosa esclavitud, sin práctica ni educación política, acostumbrados a tutela, sin fe en nosotros mismos, dispuestos siempre a dejar para el día siguiente lo que puede hacerse en el mismo día. Éste es el problema planteado. Ponga usted ahora esos dos pueblos, cerca y en íntimas relaciones. En el uno reinarán las instituciones grandes, que ennoblecen a la raza humana; en el otro habrá un hervidero de políticas malsanas, de bastardas ambiciones. El uno vivirá para el progreso legítimo y el otro para las revueltas insensatas. El pequeño o, mejor dicho, el infeliz, el enfermo, sentirá la seducción del grande, del sano. Y esas seducciones son muy peligrosas; las siguen siempre las imitaciones que son funestas. Lo que ha pasado con no-

sotros no hay más que ver. Deslumbrados con la libertad *yankee*, nos dimos a copiar sus instituciones, como si bastara con copiar el texto no teniendo la educación. Seguimos siendo tan malos después de la copia como antes, y, en cambio, nos dispusimos a imitar a la gran nación de la manera más servil. El águila vio eso desde arriba y lo aprovechó, ¡claro!, allí tenía una gran válvula absorbente. Nosotros necesitábamos tutela y ella podía ofrecérnosla; nosotros con más riquezas éramos menos ricos, necesitábamos dinero y nos lo dio. ¡Lo que hace un prestamista con un joven alocado! Por último, nos impuso el progreso con sus ferrocarriles, sus vapores, sus canales, sus empresas en general, y con el progreso se nos impuso en absoluto. Nos chupó, ésa es la palabra; y todo, porque esa nación fue educada para chupar, permítame seguir usando la palabreja, y nosotros, para ser chupados. ¿No cree usted?

—Creo que su antiespañolismo lo lleva a exagerar; pero en el fondo hay mucha razón. Los españoles, es cierto, trajeron la idea de enriquecerse, únicamente, y no de contribuir a la grandeza de su patria. Caro, por cierto, han pagado su espíritu anticolonizador. De la gran España sólo queda la península. Me parece, sin embargo, que nuestra pequeña parte de raza indígena contribuyó a la desaparición o la fundición, permítame usted también mis palabrejas. Una raza fría, como hie-

rática, indiferente, no podía dar un gran elemento para base de una nacionalidad duradera.

—No creo que en eso estribe el mal. Esos defectos que usted señala son hijos del medio como fueron conquistados. El yugo los tornó así; ellos eran enérgicos, viriles patriotas. Recuerde usted a Urracá, a Quibián, a Tecún Umán, a Atlácatl, a Lempira, poderosos, fuertes, casi indomables. El mal que, a mi juicio, de ellos nos viene, es la facilidad para dejarse seducir por lo sobrenatural. De allí resultamos nosotros seducibles. Por otra parte —agregó don Tomás, con suave acento—, nuestra educación social y moral, ¿no cree usted que es una gran causa? Lo es. Nunca dimos importancia al hogar, no se nos educaba para él. Los hombres de nuestra raza fueron siempre malos maridos. Yo recuerdo que cuando era joven mis contemporáneas se desvivían por los extranjeros, sobre todo, por los sajones. Lo que más venía al país eran americanos y los americanos acabaron por ser ídolos. Se casaron con nuestras mujeres y en la sociedad concluyó también por dominar la raza. Y le advierto que buenos bribones había entre ellos: borrachines, jugadores, maleducados; pero la fama estaba hecha y no había medio de combatirla. Otro punto importante es el sistema usado por nuestros gobiernos. Repase usted la historia de nuestras empresas y de nuestros contratos y verá...

No pudo concluir su frase. Don Teodoro se presentó en el comedor, sudoroso, muy sofocado y quejándose porque ya eran las dos de la tarde y no habían ido al estreno de su máquina cortadora, embaladora y empacadora; una gran máquina.

—Darse prisa, darse prisa —decía con voz emocionada—. No cabe duda que los tales *yankees* para eso de máquinas se pintan. Lo entienden, lo entienden, no hay duda. Pero anden ustedes. Ya Elisa y Emma están allá. ¿Quién diría que las mujeres fueron más puntuales?, vamos..., ¡y mujeres de nuestra raza!

El día era en extremo caluroso, y en el interior de la fábrica, el concurso de gente y lo estrecho de las ventanas hacían que el aire pesado, tibio y mal oliente fuese casi irrespirable. Cuando entraron don Teodoro, don Tomás y Julio en la estancia donde el ensayo debía verificarse, encontraron a Emma que, próxima a una de las ventanas en busca de fresco, se hacía aire con unas cuantas etiquetas de chocolate que había arreglado en forma de abanico, mientras doña Luisa no se apartaba de la máquina ni distraía sus ojos de ella, segura de agradar a su esposo con esa actitud de mujer atenta y curiosa.

—Pues manos a la obra —dijo don Teodoro, y cogiendo la palanca con su ruda mano de hombre acostumbrado a los trabajos fuertes, la atrajo hacia su pecho. Se oyó un ruido como batir de alas y muchas ruedas comenzaron a girar vertiginosamente, mientras una cuchilla, que en su rápido sube y baja lanzaba reflejos como relámpagos, iba cortando en partes iguales y pequeñas

las grandes marquetas de chocolate que caían divididas a un depósito de donde les tocaba salir embaladas y listas para el consumo. Una sonrisa de triunfo desplegaba los labios de don Teodoro, que repetía, mientras se limpiaba el copioso sudor de su frente:

—Soberbio, soberbio. ¡No, no se puede negar, esta gente sabe lo que hace!

De pronto lanzó un grito inarticulado y su rostro encendido se tornó densamente pálido. La polea seguía girando y las ruedas de la máquina también, pero la cuchilla había dejado de funcionar. La máquina se había descompuesto.

—¿Qué pasa? —dijo sin saber a quién hacía tal pregunta, y con voz colérica comenzó después a vociferar:

—Mister Withman, come, come at once.

El maestro mecánico llegó al momento y procedió a examinar la máquina con minucioso cuidado y la seguridad de un hombre conocedor. No tardó en encontrar el defecto. Faltaba un tornillo.

Don Teodoro estaba fuera de sí. Iba de un lado a otro, preguntaba, investigaba, era preciso saber inmediatamente quién era el causante de aquel olvido. No tardó en saberlo. Era el obrero del país. La cólera del fabricante no tuvo límite, se olvidó de que no estaba solo y comenzó a decir mientras daba puñetazos sobre una mesa:

—¡Quién otro podía ser! ¡Claro! El del país. Qué gente. Por eso no hemos podido hacer nunca nada. Somos una raza inferior, muy inferior. Mal hago en tratar de mantener esa gente en mi fábrica —y empezó a pasearse, creciendo en sus diatribas contra la raza latina. Felizmente en uno de sus paseos dio con la cara de don Tomás y comprendió todo lo inconveniente de su desahogo. Dominó hasta donde pudo su cólera y exclamó:

—Qué cosas, digo, bien visto él no es culpable. Qué culpable va a ser. No ha visto nunca tales máquinas. La culpa es sólo de usted —agregó volviéndose al maestro mecánico—. ¿Por qué pone a un obrero que no es conocedor? ¿Por qué no lo hace usted? ¿Para qué lo tengo?

Mister Withman clavaba en él con asombro sus grandes ojos azules de mirar sereno; no entendía una palabra, don Teodoro hablaba en español.

—¿Para qué los tengo? —continuó éste volviéndose a su familia y deseoso de recuperar su actitud de latino incorruptible—. Los tengo porque saben trabajar, pues que trabajen. Para sufrir estas cóleras mejor tendría gente de mi raza. Siquiera no viviría entre seres que desprecie. Ya veremos si un latino de veras soporta estas cosas. Ya lo veremos.

—Vamos, Teodoro —repuso don Tomás—, eso no vale nada. Todo ensayo tiene sus dificultades. Mañana

trabajaré la máquina perfectamente. Ahora vámonos que aquí hace un calor insoportable. Yo me ahogo y mi pobre Emma está casi asfixiándose. Vamos —y descendieron por las estrechas escaleras aspirando con fruición el aire puro de afuera, que se hacía sentir más y más fresco, a medida que se aproximaban a la puerta que daba al campo.

El calor había encendido, más que de costumbre, los labios y las mejillas de Emma, y sus ojos, llenos de secreta fascinación, brillaban con luz extraordinaria. Parecía una Péri después del baile. Había cierta idealidad en la fatiga que demostraba su rostro.

Julio clavó en ella sus ojos y no pudo contener un estremecimiento.

—¿Le molesta mucho el calor? —le dijo.

—Mucho. Pero ahora me refrescaré. ¿Ve usted aquel árbol que está a la entrada, ése muy grande, de una copa muy verde? Allí se tiene una magnífica sombra y se descansa muy a gusto. Pienso ir allá. ¿Si usted quiere acompañarme?

—Yo, a donde usted fuese, querría ir siempre —repuso Julio con acento que denotaba emoción.

—Nada más fácil, mientras yo esté en su casa —contestó Emma con naturalidad.

—Y, ¿usted piensa detenerse algún tiempo?

—No lo sé, depende de mi padre.

Julio iba a decir algo más, pero no se atrevió. Empezaron el camino en silencio y hasta llegar al pie del árbol, en un trayecto de unas doscientas varas, no volvieron a cruzarse una sola palabra.

El lugar señalado por Emma era verdaderamente encantador. Un árbol gigantesco de nudoso tronco y agrietada corteza extendía sus ramas casi horizontalmente, como si quisiera ensanchar la sombra que ofrecía bajo su copa alta, tupida y verde. Algunas raíces adventicias, desprendidas de las ramas, habían alcanzado la tierra y, nutridas por la gran madre, llegaban a engrosar hasta parecer troncos delgados, arquitecturando, con el artístico desorden de la naturaleza, una como gruta de estalactitas negriverdosas, bajo un pabellón de esmeralda. Don Teodoro había colocado rústicos asientos entre aquellos arcos y columnatas. El paraje era delicioso.

—¿No le parece un lugar muy lindo? —preguntó Emma, cuando se hubieron sentado.

—Lindísimo —repuso Julio con apasionado acento—. Es poético; provoca a soñar, a sentir; me parece un rinconcito propio para un idilio.

—En tal caso, debe parecerle triste. Traerá a su mente el recuerdo de Margarita.

—No, absolutamente, al lado de usted no me acuerdo de nadie —agregó él, con absoluta sinceridad.

—¿A mi lado? Vamos, es usted muy galante; pero permítame que no le crea. Yo no puedo ser lo que ella para usted.

—Tiene razón —exclamó Julio con amargura, como si aquella frase lo hubiese herido—. ¡Usted no puede ser lo que ella para mí, lo comprendo!

—Es decir... —iba a agregar Emma, que comprendió la intención de las palabras de Julio; pero no pudo concluir. Un hombre, alto, flaco, sucio y harapiento, se detuvo ante ellos y con voz casi imperceptible preguntó en inglés:

—¿Es aquí la fábrica de chocolate?

—Aquí —contestó Emma.

—Yo desearía —agregó el desconocido con voz débil y quejumbrosa— saber si puedo encontrar trabajo. Mi familia y yo nos morimos de hambre. ¿Cree usted que podré encontrarlo, señorita?

—Siga usted y pregunte, nada puedo decirle.

Y el hombre sucio y harapiento, especie de mendigo, encorvado tal vez por el hambre, se perdió entre los árboles que rodeaban la fábrica, mientras Emma refería a Julio las palabras cruzadas con el harapiento.

—Pobre hombre —concluyó diciendo—, cuántos hay como él. La sociedad debería reformarse.

Julio, que sintió en aquel momento renacer en su alma, vivo y animado, el recuerdo de Margarita, aquella alma altruista, transformada por él, turbada hasta en sus principios religiosos, quiso sondear a Emma y le dijo:

—¿No comprende usted los crímenes anarquistas al ver tanta miseria?

—Yo no los comprendo. No es el crimen el remedio. El remedio está en las útiles enseñanzas, que puedan transformar las sociedades. La batalla entre el pobre y el rico no es sino una carga más en la *struggle for life*, vamos, la “lucha por la existencia”, como dicen ustedes. Un convenio en otra forma; la caridad bien entendida, eso comprendo yo. Pero sépase usted que no tengo ideas sobre el particular, digo lo que se me ocurre y, sobre todo, hago lo que debo; doy cuanto me es posible para las sociedades protectoras de obreros. ¿Usted conoce esas sociedades? Mi padre puede decirle cómo son y también le hablará de las cooperativas y otros procedimientos, remedios eficaces, para estas desgracias. La sociedad necesita construcción, no destrucción.

Julio guardaba profundo silencio. Sus ojos se fijaban con intensidad en aquella mujer. Parecía fascinado. Un cúmulo de ideas se revolvía en su mente. Qué diferencia entre ella y Margarita. Ésta tan práctica, tan serena, tan poco sugestionable, tan superior. La otra tan delicada, tan enfermiza, tan impresionable, tan imperfecta, en una

palabra. Él no se daba cuenta de por qué hacía ese parangón, puesto que lo dicho por Emma no era móvil para hacerlo. El caso es que lo hacía y que sin poderse contener, como si hablara consigo mismo, exclamó:

—Es una mujer superior.

—¿Quién? Usted está distraído. No me ha escuchado.

—No, no estoy distraído, usted es la mujer superior.

—Y usted el hombre galante. Veo que el lugar poético, como usted le llama a éste, influye en su imaginación y eso no conviene en un ausente enamorado. ¿Quiere que volvamos a la casa? Ya la tarde es fresca.

—Volvamos; pero crea usted que no es el sitio el que me ha hecho hablar como he hablado. Ha sido usted.

XXII

Pues bien —dijo don Tomás, apurando un sorbo de café—, la historia de nuestros contratos, de nuestras empresas, como le decía no hace mucho tiempo, es otra de las grandes causas que han influido en nuestra rápida desaparición. Porque ésta es ya un hecho, creo que usted no lo pondrá en duda. Fíjese usted, ¿quiénes han hecho nuestros ferrocarriles, nuestros puentes; quiénes son los propietarios de las más grandes empresas y de las más valiosas fincas? Casi exclusivamente los americanos, pues los italianos, franceses y demás, que podrían entrar en el núcleo al que me refiero, representan un número muy pequeño. El caso es que también son extranjeros. ¿Sabe usted de dónde proviene este mal? De que nunca hemos tenido confianza en nosotros mismos. Jamás se nos pudo ocurrir que fuéramos capaces de algo grande. Las municipalidades y los gobiernos, influidos también por esa idea, dieron siempre sus concesiones a los extranjeros y en especial a los americanos que ejercieron, en todo tiempo, ma-

yor fascinación. Nuestros capitalistas no han arriesgado sus fondos sino en empresas regenteadas por extranjeros. Es necesario estar garantizados por la bandera de una gran potencia, decían. En fin, los americanos, por uno u otro camino, se hicieron dueños de la vida activa del país, tuvieron bajo sus manos las palpitaciones de la nación. Entre tanto, el dinero se marchaba. Aumentó la exportación de bananos, de café y de hule, y qué sé yo cuántas cosas más; pero el valor de lo exportado se quedaba fuera. Entre tanto, la ficción de que éramos ricos ponía alas de cóndor a nuestro espíritu quijotesco. Nos hicimos derrochadores, empobrecimos pronto, y nos faltó todo lo que sobraba a nuestros adversarios para la lucha. Mientras ellos confiaban, nosotros dudábamos; mientras ellos tenían para regalar, nosotros necesitábamos para vivir. ¿Dígame si no íbamos a paso de carrera al sepulcro?

—Ciertamente —repuso Julio con tristeza, y agregó—: ¿Pero era tanta la fascinación que ejercían sobre nosotros, los americanos, los extranjeros en general?

—¿Que si era? Le aseguro que cualquier gran nación, sobre todo que no hablara nuestro idioma, nos hubiera podido tomar como nos han tomado los américo-sajones. En todo se veía que éramos víctimas de la fascinación que le pinto. Los peones, la gente del campo, cuando trabajan bajo la dirección de un *macho*, como se decía en Costa Rica, eran ejemplares. Lo obedecían

ciegamente, le sufrían con paciencia evangélica sus mayores caprichos y, por último, lo halagaban de todas maneras, con atenciones, regalitos y cuanto usted pueda imaginarse. Creo que si el tal sujeto hubiera hecho una trastada con la hermana o la hija de uno de estas gentes, no se hubieran atrevido a enojarse.

—Eso se comprende hasta cierto punto en la gente baja, y casi nada significa; esa masa de la nación no es la que resuelve los grandes asuntos; la gente de las clases altas pensaría de otro modo.

—Usted no lo creará; pero desgraciadamente era así, como la clase baja. En otro sentido, estaban tan fascinados como la plebe y sus manifestaciones eran más perjudiciales. Se avergonzaban de su nacionalidad. Tiraban de cualquiera de sus antepasados para poder llamarse ingleses, franceses y, sobre todo, mayor honra, americanos, y los que lograban vivir algún tiempo en el exterior conseguían cartas de nacionalidad extranjera. Huían de mezclarse en política, hubieran dejado hundirse el país por no perder su usurpada nacionalidad. Se les daba un ardite del 15 de Septiembre, pero se desgañitaban cantando *La Marsellesa* el 14 de Julio o, el 4, el himno de los Estados Unidos. Ignoraban quiénes habían sido Valle, Molina, Goicoechea, etcétera, pero se sabían hasta el último rasgo de cualquier hijo de otras tierras. Esto en cuanto a los hombres; en cuanto a las mujeres, ya se lo

he dicho, probaban su entusiasmo de otra manera, dando lo más que podían sus blancas manos con ciego afán a los extranjeros.

—Es horrible —exclamó Julio con acento de cólera.

—Horrible, tiene usted razón, pero es así; y mi hermano pretende, aún, que somos, o hemos sido, mejor dicho, una gran raza.

Don Teodoro que fingía leer en un libro sobre ferrocarriles, tratado de la vía angosta, para no verse precisado a intervenir en una discusión en que estaba seguro de salir derrotado, al oír aquella directa alusión no pudo contenerse.

—Vamos, Tomás —dijo—, tú siempre exagerando. He oído algo de lo que has dicho y veo que has pintado con colores muy subidos. Todos dices que hemos sentido esa fascinación y nos hemos avergonzado de nuestra raza. Dímelo eso a mí, que no he caído, ni en uno, ni en otro error. Y como yo, ¿no puede haber otros muchos? Ésos representamos nuestra noble raza. Los otros hicieron bien en desertar porque no eran dignos soldados. Valen más los pocos muchos que los muchos pocos —acabó diciendo con aire sentencioso.

—En cuanto a ti, hago una honrosa excepción —repuso don Tomás con acento ligeramente burlón—, pero un solo hombre, querido hermano, por mucho que valga no puede formar una nacionalidad. ¿Qué quieres? —Hizo

una leve pausa mientras leía un telegrama que acababan de entregarle y cambiando de conversación agregó con visibles muestras de alegría:

—¿Sabes quién me anuncia que estará dentro de ocho días con nosotros?

—¿Quién?

—Mister Crissey, el propietario de la línea de vapores Fénix, actual contratista del trayecto de ferrocarril, entre México y Colombia, con quien tengo contratado un tramo. Es un hombre notable. Ahora conocerá Julio un empresario; ése representa a su raza. Me encarga saludarlos a todos, especialmente a ti, Emma.

XXIII

Los paseos de Emma y Julio por el campo se repetían diariamente. El árbol corpulento que semejava una gruta de estalactitas les ofrecía albergue muchas veces. Julio sentía crecer por instantes la fascinación que Emma ejercía sobre él. Los ojos de aquella mujer, ardientes, oscuros, de varonil intensidad en la mirada, lo seducían. Hasta en el ceño minervino, que a veces contraía su entrecejo, encontraba Julio un indefinible encanto. Había comenzado por admirarla e iba concluyendo por asimilarse a ella. Pensaban de igual manera. Él había perdido parte de su idealismo: era más sereno, más reposado. De cuando en cuando saltaba en él la fantasía soñadora de su raza; pero al advertir una vaga y compasiva sonrisa en la boca de Emma, se coloreaba de ligero rubor su rostro y volvía a su espíritu práctico y reposado de los últimos días.

Hablaba de un gran proyecto comercial cierta mañana, cuando Emma lo interrumpió diciéndole:

—Por lo que me dice, veo que usted ya se ha hecho de los nuestros. Ya le gustan los *yankees*, como usted dice.

—No sé si me he hecho a ellos, ni si me gustan —repuso él con viveza—. No lo sé; pero las conversaciones con su padre y el contacto con usted me hacen ver las cosas de una manera muy distinta de como las veía. Mas aún no sé lo que ha influido más en mí, si los sólidos argumentos de él o la atracción irresistible que siento hacia usted.

—Hacia mí. ¿Tan fuerte es en usted el sentimiento de la amistad que la llama atracción irresistible?

—¡Amistad!, no sé si deba llamarse así a lo que siento por usted; pero creo que no.

—¿Qué otra cosa podía ser?

—Usted sabe lo que es, usted lo adivina, por lo menos. No me obligue a ser demasiado claro, vea que yo mismo no me he confesado ese sentimiento llamándolo por su nombre. He sentido miedo. Usted me dijo en cierta ocasión: “yo nunca podré ser para usted lo que Margarita”, y eso...

—¿Luego...?

—Sí —repuso él con pasión comprendiendo lo que Emma no se atrevía a decir—; hoy ocupa usted el lugar que ella ocupaba; pero con una diferencia: la que usted señaló en las palabras que le he repetido.

Y dando suelta a su carácter expansivo, le habló con ardimiento de su amor, le pintó, día por día y hora por hora, cómo su belleza, su gracia, su atracción, había ma-

tado su sentimiento por Margarita, para sustituirlo por otro que en nada se parecía al primero, pero era más subyugador, más fuerte, más tenaz.

—Vamos —dijo Emma cuando concluyó, tratando de ocultar su emoción con una encantadora sonrisa—, veo que me equivoqué, usted no ha cambiado; sigue siendo el mismo; dejándose llevar por la más leve impresión. ¿A que hace tiempo que no recibe cartas de ella?

Era la primera vez que Emma no llamaba a Margarita por su nombre.

—Cierto —contestó Julio con resolución—, pero es que yo no le he escrito. He tomado la pluma para hacerlo y no me he atrevido. Yo no puedo, no sé engañar.

—Pero engañarse, sí —agregó Emma fingiendo siempre serenidad—. Eso es muy propio de los latinos. En esta ocasión lo veo claro.

Julio, con la mano apoyada sobre el rústico banco, el cuerpo inclinado hacia Emma y fijos sus ojos en los atrayentes e irresistibles de la joven, parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma, para descubrir lo que pasaba en ella.

—Emma, por Dios, no hable así, se lo ruego —dijo al fin con acento desgarrador—. Yo no me engaño. He meditado mucho en lo que digo. ¡Hablo porque siento!

—Que siente, lo sé: es cualidad de los temperamentos nerviosos sentir mucho, y también, permítame que

se lo diga, confundir una ilusión pasajera con un amor profundo.

—La mía no es ilusión; no le llame amor si no quiere, pero llámele fascinación, atracción, hipnotismo. Algo muy grande, muy fuerte, muy invencible. ¿No lo cree?

—Yo creo todo lo que usted me diga; pero haremos una cosa antes de volver a tratar este asunto.

—¿Cuál? —exclamó Julio con ansiedad.

—Primero: aguardar a que usted reciba cartas, que seguramente recibirá pronto; y segundo: no volver a este sitio. Es demasiado poético para un hombre soñador, ya se lo he dicho otra vez.

XXIV

Era mister Crissey un hombre de unos 35 a 40 años, de mediana estatura, delgado, nervioso, la color encendido, tostado el cutis por el sol, los ojos pequeñitos, pero relampagueantes de viveza, los labios delgados, el bigote escaso como el bozo de un adolescente y la nariz fina y ligeramente remangada. Hablaba perfectamente el español, aunque apretaba los dientes al hablar como si quisiera morder las palabras. Su llegada produjo una gran conmoción en la casa de don Teodoro. Vueltas y revueltas de los criados, aparición de la vajilla de lujo, doblados caprichosos de las servilletas, flores extrañas y manjares nuevos.

Cuando se sentaron a la mesa el día de la llegada, todo era seriedad y compostura; pero el carácter alegre, vivaracho e inteligente de mister Crissey no tardó en romper el hielo de la etiqueta. Contó con gracia algunas anécdotas de las otras repúblicas de Centroamérica, habló de los últimos progresos alcanzados por los Esta-

dos Unidos y criticó con cierto chiste exótico algunas ridiculeces de sus compatriotas. Hablaba, reía, y hasta sus más pequeñas demostraciones eran de bienestar y contento.

—¿A que usted ya no se acordaba de mí? —dijo a Emma después de un breve silencio—. Era usted tan pequeña cuando nos vimos.

—Yo me acuerdo perfectamente. Fue en New York, ¿no es cierto? Usted no ha cambiado. Parece increíble que en un hombre que trabaja tanto no haga estrago el tiempo.

—Es que no soy viejo —repuso él sonriendo.

—Yo lo sé; pero no es la edad la que más gasta a los hombres, es el trabajo.

—Usted tampoco ha cambiado —interrumpió mister Crissey—. La hermosa promesa de ayer es hoy una realidad: he ahí toda la diferencia.

—¿Y su ferrocarril cuándo estará concluido? —preguntó don Teodoro, cortando la conversación y deseoso siempre de probar que en él había un fondo práctico, positivista, a pesar de su raza. Hablar de empresas, sobre todo si eran grandes, le parecía el colmo del buen gusto.

—He calculado que todo estará concluido en diez meses y nueve días —dijo mister Crissey con firmeza.

Y comenzaron una animada conversación sobre el nuevo camino de hierro. Era un trabajo ciclópeo que costaría muchos millones. Había que abrir túneles, que tender

puentes, que derribar montes y alzar terraplenes. Se trataba de la gran lucha con la naturaleza, con nuestros accidentados terrenos y nuestros inviernos rigurosos.

—Pero, siendo así —exclamó Julio—, ¿cómo pone usted un término fijo, señalando hasta los días para la conclusión de la obra?

—Porque se concluirá en ese tiempo. Es cosa fácil. Si un río se llevase un puente, antes que las aguas arrastren el último madero, ya estará tendiéndose otro nuevo puente; si faltan obreros, se doblará el número; si los millones presupuestados no son suficientes, se invertirán otros millones más. Cuestión de cuidado, es todo. Para el hombre no hay más que una cosa imposible: evitar la muerte, convéznase usted.

Y agregó con su acento de profunda convicción.

—Tres vapores más he agregado a la Fénix. Vapores muy grandes. Uno de ellos estará siempre listo para recibir órdenes por cable. Si faltan obreros, los irá a traer donde los haya; si faltan materiales, también. Lo que puedo asegurar es que la obra se hará en el término señalado. No crea usted que esto es una gran cosa.

Todos tenían los ojos fijos en mister Crissey. Aquel hombre delgado, casi pequeño, parecía crecer cuando hablaba de sus empresas. Su escaso bigote y su naricita remangada de pilluelo lo hacían más joven y por lo mismo más interesante. Atraía. Su confianza y su reso-

lución, unidas a su sencillez, confortaban el alma. En su rostro no se veía más pasión que la del trabajo, la lucha y la empresa.

Julio, dominado por la misma atracción, no se daba cuenta de ello, aunque sí la adivinaba en Emma. Los ojos de la joven no se apartaban del empresario, fijos, asombrados, pero sin su varonil intensidad. Cuando le tocaba dirigirse a mister Crissey, lo hacía sin su acento de dominio y de imperio, con recelo, casi con temor. Además, parecía fijarse poco en él. Todo esto lo observaba y sufría horriblemente.

Cuando terminó la comida, su tormento había tocado la cima. Los celos mordían sin piedad en su alma. Se puso de pie, antes que nadie, y pretextando dolor de cabeza se retiró a su cuarto. Abrió la ventana para buscar el fresco aire de la noche y se puso a escribir a Margarita una carta sincera, casi sentimental.

XXV

La mañana siguiente Julio no bajó al jardín como tenía por costumbre. Había pasado la noche entre los martirios del insomnio y los celos y su espíritu se hallaba dominado por febril agitación. Leyó la carta que había escrito la víspera y la rompió. Aquellas páginas dictadas por el despecho no debían llegar a su destino.

—Es un alma superior, me ama, pero *esto ha matado aquello* —dijo y comenzó a pasearse por el cuarto. Quería dominar su agitación; la consideraba inmotivada. ¿Por qué sufrir así? ¿Qué había hecho Emma para causarle tan hondo padecer? Nada; clavar sus ojos en el empresario con el mismo interés que los demás, y parecer dominada en su altivez por aquel hombre superior. En cambio, a él habíale sonreído varias veces; estrechó su mano fuertemente al despedirse y le dijo:

—No se olvide mañana temprano de nuestro paseo.

Y él no se olvidaba. Se aproximó al cristal de la ventana y vio a Emma que lo aguardaba en el jardín. Su sombrero de paja parecía una aureola sobre su tersa

frente. Había recobrado su imperio: brillaban sus ojos con luz de astro y sus mejillas eran frescas y purpuras como las lindas rosas abiertas con el alba. Julio tuvo la idea de bajar a reunirse con aquella mujer que había acabado por llenar su alma; pero no lo hizo. Se avergonzaba del dominio que aquellos ojos, tan humildes para el empresario, ejercían sobre él. Decidió no bajar. Con la cara pegada al cristal, permaneció como sumido en un éxtasis místico, contemplando la radiante belleza de su prima.

Emma, entre tanto, se ocupaba en cortar flores. Llevaba en la mano un lindo ramillete y de cuando en cuando sus ojos se volvían con ansiedad a la casa como si esperase una grata aparición. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, mientras Julio se ponía densamente pálido. Mister Crissey había bajado al jardín.

—Lo esperaba —pensó Julio, y sus ojos se humedecieron.

Mister Crissey se aproximó a Emma y comenzaron a hablar con calor. Ella sacó del ramillete una rosa encarnada y se la dio al empresario. Julio no pudo soportar más tiempo, se retiró de la ventana y se arrojó en su lecho. Sentía el corazón oprimido y rompió a llorar.

Dos golpecitos dados con timidez en la puerta lo sacaron de su doloroso arrebato.

—¿Quién? —preguntó, tratando de dar firmeza a la entonación de su voz.

—Julio, ¿está usted enfermo? —murmuró Emma desde afuera con acento dulcemente timbrado—. Hace rato que lo espero en el jardín, ¿no iremos a paseo?

—Me es imposible —repuso Julio, siempre ocultando su emoción—. Continúo con dolor de cabeza.

—¿Nada se le ofrece?, ¿desea que le mande algo?

—Nada, gracias.

—Hasta luego, que se alivie —murmuró con acento que parecía un canto, y se oyeron sus pasos, que se apagaban en el silencio, como los últimos rayos del sol entre los pliegues de las sombras nocturnales.

Julio se aproximó a la ventana de nuevo. Una sospecha le mordía el alma.

—¡Falsía, falsía, nada más que falsía! —rugió con sorda voz.

Emma y mister Crissey se perdían entre la fronda, camino del árbol poético donde Julio había, por vez primera, roto el santo secreto de su amor.

A la hora de almorzar, Julio se dirigió al comedor. En el pasillo se cruzó con Emma.

—¿Cómo se encuentra usted? —preguntóle ésta con tierna solicitud.

—Estoy mejor, gracias —repuso Julio secamente.

Hubo una breve pausa.

—Tiene usted los ojos encendidos, parece que ha llorado. ¿Recibió cartas?

—No, ni espero recibir las —repuso él, y clavando en Emma sus ojos, como si quisiera dominarla, agregó cortando el hilo de la conversación:

—¿Y usted se divirtió mucho esta mañana?

—¡Oh!, no. Me hizo usted mucha falta.

En los labios de Julio se dibujó una sonrisa, profundamente irónica, y un gesto que podía traducirse por “no lo creo” animó su rostro.

—La prueba es que estuve esperándolo y que fui a llamarlo cuando vi que no llegaba —añadió ella comprendiendo lo que aquel gesto quería expresar.

—Sin embargo, usted parecía muy contenta con su nuevo acompañante... y muy obsequiosa.

—¿Obsequiosa?

—Vi que usted le ofrecía una flor.

Emma dejó correr una argentina carcajada. Había comprendido la enfermedad de Julio: el gusanillo de los celos le mordía el alma.

—Es usted un niño, decididamente un niño —le dijo alegremente—. ¿Cómo quería usted que negara una flor que se me pedía? Pero aquella —añadió quitándose la rosa que llevaba en el pecho y ofreciéndosela a Julio— no tenía el mérito de ésta. ¿No es verdad? ¿Está usted contento? ¿Iremos a paseo esta tarde? —y apretó suavemente la mano del joven. Éste llevó la rosa a sus labios y la besó apasionadamente.

Había recobrado su tranquilidad: brillaban sus ojos alegremente y la sangre coloreaba de nuevo sus mejillas.

Apartadas las sombras de su cielo, sentíase feliz. Renació la esperanza en su corazón y de nuevo dio suelta a su fantasía en el campo de los sueños.

Después de aquella explicación Emma pareció más cariñosa que nunca. Ciertamente es que sus ojos seguían fijándose con admiración en mister Crissey; pero, en cambio, cuán dulce expresión tenían para Julio. Se continuaron los cotidianos paseos, sin que Julio perdiese oportunidad de hacer patente su amor. Emma se dejaba

querer. Cuando las palabras del enamorado requerían una contestación que pudiese comprometerla, llevándose el índice a la boca, señal de silencio, le decía:

—Ya sabe que es prohibido hablar de estas cosas antes que lleguen cartas de París.

Emma, educada en un pueblo esencialmente práctico, más entregado a la acción que al ideal, llevando en sus venas sangre sajona, no podía, sin embargo, resistir a la simpatía que le inspiraban los soñadores, los temperamentos nerviosos, las almas que poco aptas para la vida del mundo quieren, con un esfuerzo de imaginación, trasladarse a más altas esferas, donde los abrojos de la tierra no hieran sus pies. Pero esta simpatía era en ella, más que todo, un capricho, un afán de variación; hallábase mezclada a una cierta piedad, invencible. Lejos, muy lejos estaba de ser un sentimiento profundo. Su educación y su carácter la inclinaban con mayor fuerza a lo práctico, a lo útil, e impresionaba más hondamente su alma lo enérgico y fuerte que lo sentimental y suave.

Esa simpatía, forma especial de un capricho, era lo que sentía por Julio, con tanta intensidad que en ciertos momentos había llegado a sospechar que un principio de amor germinaba en su alma.

Una especie de lucha secreta, de que ni ella misma se daba cuenta, sostenía su alma desde la llegada de mister Crissey. Aquel hombre superior la atraía de manera irresistible, la dominaba. Sus palabras llenas de fe, su energía infatigable, su voluntad de acero, cualidades eran que Emma no podía adivinar en un hombre sin sentirse agradablemente impresionada por él. Sin embargo, el llanto de Julio, los celos que turbaban su alma, la delicadeza infinita de su amor, habían triunfado en ella por el momento. Además, mister Crissey apenas si le había prodigado alguna atención y gastado con ella una galantería. Preocupado con sus grandes empresas, trabajando constantemente, parecía un hombre incapaz de rendirse a los dulces halagos del amor. Es cierto que la miraba de una manera especial, que ocupaba, siempre que podía, asiento cerca de ella, que en sus viajes a New Charleston cuidaba de traerle bombones o violetas y que había dicho en cierta ocasión, viéndose muy encomiado en sus empresas por don Teodoro:

—Me falta la mayor de todas.

Y cuando se le preguntó cuál era, dijo sonriendo sin apartar sus ojos de Emma:

—La del matrimonio.

Por lo demás, ninguna otra demostración daba de fijarse en la joven de una manera especial. Ella, por su parte, viéndose adorada por Julio, había acabado por ver hasta con indiferencia a mister Crissey.

Cierto día, hallábanse, después de almorzar, el empresario, Emma y Julio, de sobremesa en el comedor, cuando entró don Teodoro presa de febril agitación, pálido el rostro, y llena de asombro la mirada. Con voz trémula decía a voces:

—Tomás. ¿Dónde está Tomás? ¿Qué hacemos?, yo no puedo, vamos...

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Julio.

—¿Dónde está Tomás?

—Se ha ido esta mañana con los ingenieros —repuso mister Crissey—. Díganos, ¿qué sucede?

—Una huelga en la fábrica —añadió don Teodoro suspirando—. ¡Todo se ha perdido!

Una sonrisa leve pasó por los labios del empresario.

—Eso no vale nada —dijo tranquilamente—. Vamos allá. Yo pondré orden.

Se dirigieron todos a la fábrica. En el patio, con caras de bestias feroces, estaban los obreros dispersados en grupos, hablando en voz alta y protestando contra las injusticias de que se consideraban víctimas, mientras, por las ventanas, las mujeres asomaban sus cabezas en racimos. Mister Crissey se adelantó hacia ellos con paso firme; llevaba el entrecejo contraído y sus ojos brillaban con luz fosforescente, como los de un tigre irritado.

—¿Qué pasa aquí? —gritó con voz firme en que se advertía al momento al hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

Un obrero joven, de cara inteligente y mirada sombría, tomó la palabra para exponer los motivos de la huelga y pedir que se les concediese lo que solicitaban, pues de otro modo —y aquí imprimió a sus palabras acento de amenaza— abandonarían la fábrica y don Teodoro tendría que arrepentirse.

Cuando hubo concluido entre las aclamaciones de sus compañeros, mister Crissey, como si no hubiese puesto atención a lo dicho, alzó la mano y, señalando con el índice la puerta de entrada, dijo con enérgica entonación:

—Subid a los talleres. Ésta no es manera de pedir a un jefe. Subid o quienes se tendrán que arrepentir seréis vosotros. Subid.

Había tal expresión de fuerza en su rostro y tal seguridad en sus palabras que aquellos hombres, que poco antes llevaban en su mirada el reto y en su rostro un ceño salvaje, cambiaron como por obra de magia. Perdieron audacia sus ojos, inclinaron las cabezas, y sin darse cuenta de por qué obedecían, uno tras otro, fueron subiendo a los talleres para dedicarse cada cual a su trabajo. Cuando tras ellos subió mister Crissey, seguido de don Teodoro, Emma y Julio, cada uno ocupaba su

puesto. El empresario recorrió los salones con aire de imperio. Cuando llegó frente al obrero que había tomado la palabra a nombre de sus compañeros, le dijo:

—Usted queda despedido de la fábrica. Estoy autorizado por el empresario para decírselo.

—Señor —exclamó el aludido con voz suplicante—, le ruego, vea usted que estoy recién casado, yo ofrezco...

El empresario lo interrumpió con acento que no admitía réplica.

—Está usted despedido; no tengo más que decir —y salió del salón donde no se oía más ruido que el de las máquinas en su activo trabajo y el de las respiraciones uniformes de aquella gente que, presa de emoción profunda, guardaba religioso silencio.

La actitud enérgica y triunfadora de mister Crissey en el momento de la huelga impresionó profundamente el corazón de Emma. Aquel hombre creció a sus ojos. La admiración que ya le profesaba tomó la apariencia de un culto que se traducía por cortedad y timidez, impropias del carácter casi varonil de aquella mujer. El surco trazado por el llanto, los celos y la delicadeza de Julio, desapareció en su alma, cubierto por aquella nueva impresión. Cambió notablemente con su primo: era menos afectuosa, esquivaba con frecuencia su compañía y en más de una ocasión mientras él daba suelta con

calor a sus sentimientos, ella, trazando figuras con la punta de la sombrilla en la arena, mordiendo el tallo de una rosa, o deshojando una margarita, se olvidaba de su acompañante y embebida en sus propios pensamientos desoía la tierna conversación.

—¿Qué le pasa, Emma? Hace días que noto en usted algo extraño. Me parece que usted tiene algo que la preocupa hondamente —le dijo Julio, cierto día en que después de haber referido su último sueño, en el que ella jugaba un principal papel, la sorprendió sumergida en profunda meditación, sin que lograrse darse cuenta de lo que acababa de oír.

Una oleada de púrpura tiñó el rostro de Emma. Trató de probar que nada especial torcía su manera de ser y se enredó en explicaciones extrañas de las cuales no podía salir, contradiciéndose, repitiéndose y acabando finalmente por no decir nada que respondiese a las preguntas de Julio. La verdad es que ella misma no se daba cuenta del estado de su ánimo. No se hallaba a gusto en ninguna parte, buscaba la soledad, mas sin darse cuenta de los móviles que la llevaban a proceder así. Una circunstancia, para ella inesperada, vino a darle la clave del enigma.

Mister Crissey debía partir para San José, donde lo esperaban los ingenieros que habían hecho el trazo del ferrocarril hasta la frontera de Colombia. La víspera de

su viaje después de la comida, aprovechando la ausencia de Julio que escribía unas cartas de su padre, acercándose a Emma le dijo:

—Tengo algo reservado que hablar con usted. ¿Puede permitirme unos momentos?

Emma sintió que sus miembros tambaleaban y que su rostro empalidecía.

—Cuando usted guste —repuso con voz débil, y se dirigió al salón. Deseaba sentarse. Una suave y general laxitud le impedía estar cómodamente de pie. Mister Crissey se colocó a su lado.

—Usted sabe que yo no soy un hombre de salón —comenzó diciendo éste con voz tierna pero firme—. Mis empresas me han impedido cultivar la sociedad de señoras y hasta de hombres de buen tono, por lo mismo —agregó—, no se sorprenda usted de la rudeza con que voy a hablarle. Sé que estos asuntos no se tratan así, pero yo no sé tratarlos de otro modo.

Emma lo oía sin apartar sus ojos del fino pañuelo de batista que tenía en la mano y sobre el cual hacía correr, con nervioso movimiento, la rosada uña de su dedo pulgar.

—No he tenido tiempo —añadió mister Crissey— u ocasión de fijarme en las mujeres. Pero, es el caso que desde que llegué a ésta, la fisonomía de usted me llamó la atención. Su carácter, su inteligencia, su educación,

me gustan. En una palabra, creo que usted haría mi felicidad casándose conmigo. He logrado hacerme un porvenir y se lo ofrezco, he trabajado mucho y necesito descanso; es hora ya de que forme un hogar. ¿Qué piensa usted? ¿Me ayudará a formarlo?

Aquella súbita confesión, aquel sincero ofrecimiento de lo que mister Crissey llamaba un porvenir, muchos millones hechos a costa de muchos trabajos y, sobre todo, la revelación, la luz que llevaron a su alma las frases del empresario, descubriéndole el secreto de su amor, la turbaron de tal manera que tardó largo tiempo en contestar. Alzó los ojos del pañuelo ligeramente húmedos por la emoción y los clavó en el empresario con asombro. Bajolos de nuevo y, con voz que temblaba levemente, repuso:

—Me sorprende tanto lo que usted me dice... Yo nunca hubiera creído... Debe comprender que no puedo contestarle ahora. En San José recibirá mi contestación. Quiero también hablar con mi padre.

—He hablado ya con él —interrumpió mister Crissey con satisfacción—. Está de acuerdo siempre que usted lo esté.

—¿Sí? —repuso Emma con cierta impensada alegría—. ¡De todas maneras en San José recibirá mi contestación!

XXVIII

Mientras oía la sincera confesión de mister Crissey, a pesar del intenso placer que ésta le causaba, Emma no podía impedir que el recuerdo de Julio asomase a su pensamiento. No ignorando la contestación que iba a dar, comprendía que era llegado el momento de separarse, para siempre, de su primo, aquel soñador que había endulzado tantas horas de su vida y elevado su alma a las azules regiones del ideal. Esta separación la entristecía. En las almas jóvenes no se borran sin dolor las invisibles huellas marcadas por los sueños.

A esta tristeza se unió más tarde una sombra parecida al remordimiento. Sintió necesidad de referir a Julio la proposición de mister Crissey y la respuesta que pensaba darle, pero no se atrevió. Comprendía el golpe que iba a causarle y le faltaba valor para llevar tan honda pena al corazón de un ser que tanto la amaba.

Trató de evitar los encuentros con Julio; interrumpió los paseos matinales; procuró no encontrarse a solas con él. No quería engañarlo y le faltaba ánimo para ha-

cerle saber la verdad. Sin embargo, aquella situación no podía prolongarse. Julio no se la explicaba, pero sufría cruelmente y sin querérselo confesar a sí mismo, veía una nube tempestuosa oscurecer el cielo de su vida. Al fin llegaronle cartas de Margarita: llenas de amor y de quejas, amargas y tiernas. No le produjeron impresión ninguna, pero reavivaron la llama encendida por Emma. Estaba rota la consigna de silencio, ya podía hablar. Era llegada la hora de resolver el problema que tan profundamente le preocupaba. Aprovechando una tarde en que Emma bajó al jardín, se dirigió a ella y le dijo:

—Ya puedo hablar, he recibido cartas.

—Es tarde —le respondió Emma, tratando de parecer tranquila.

—¿Tarde? —exclamó él con acento de angustia.

Emma fijó sus lindos ojos en Julio, le tendió la mano y le dijo:

—Quiero suplicarle un favor. ¿Me lo concederá?

—Lo que pida.

—Pues bien, ni me diga, ni me pregunte nada. Es ya tarde para que hablemos.

Los ojos de Julio se fueron humedeciendo lentamente hasta rodar por sus mejillas el llanto. Tomó entre las suyas las manos de Emma, las besó con efusión y apartándolas repentinamente de sus labios huyó de la joven sin proferir ni un reproche, ni una queja.

No tardó en conocer todo lo espantoso de la realidad. La incertidumbre y la zozobra, que las misteriosas palabras de Emma llevaron a su alma, desaparecieron fundidas en un intenso dolor, cuando, a la hora de comer, don Tomás participó el matrimonio de su hija con el empresario.

—Soberbio —decía don Teodoro frotándose las manos—, eso es casarse.

Julio comía apresuradamente con la cabeza inclinada sobre el plato para ocultar su turbación y su angustia, y Emma guardaba silencio, deseosa de respetar aquel sincero dolor que nada más ella conocía.

Don Tomás, con íntima satisfacción, continuaba hablando del asunto. Enumeró las grandes cualidades de mister Crissey, se ocupó de su carácter, de su talento, de sus millones, acabando por anunciar su partida próxima para San José, y por invitar a todos para la boda; sería una boda regia.

—¿Regia? —repetía don Teodoro—, ¡más que regia! Hoy los millonarios valen más que los reyes —y acompañaba su frase de una risa bonachona que él trataba de hacer picaresca.

Julio no quiso acompañar a Emma hasta el muelle de San Rafael, de donde partían los trenes muy de mañana con rumbo a la capital. Comprendía que llegado el momento de la separación iban a faltarle las fuerzas para resistir y el secreto de su amor, que con tanto interés ocultaba a sus padres, sería revelado por su llanto y su debilidad.

Cuando, oculto detrás de los cristales de su ventana, vio partir el coche que conducía a su amor, sintió un hilo de nieve circular por sus venas, enjugó sus ojos que se humedecían, y largo rato mantúvose con idiótico mirar, fijo en la arboleda por donde el vehículo desapareció.

Después sintió el deseo de visitar el cuarto de su prima. Una ligera vacilación detúvolo en la puerta; le pareció que iba a profanar un recinto sagrado. Tal pensamiento no se hizo sentir mucho, deseaba entrar y entró. El ambiente era tibio e impregnado de aroma virgíneo: embriagaba. El lecho sin arreglar como un molde sin

concluir, vagas y apenas perceptibles dibujaba las formas de un cuerpo humano. En medio de aquella vaguedad podían adivinarse deliciosas curvas. Julio hundió su rostro en las almohadas y aspiró con fruición el perfume que se desprendía de ellas, un perfume de juventud y de primavera. Al inclinarse, su mano habíase posado casi en mitad del lecho, que aún conservaba el calor de un nido recién abandonado. Al sentir aquella impresión tibia, quiso acercarse a ella la cabeza y la acercó. El olor a mujer, pero a mujer joven, limpia, hermosa, era allí más penetrante. En aquel momento, Julio había olvidado su dolor: el macho mataba al hombre; el instinto, al sentimiento. Mantúvose en esa posición largo rato; enseguida, como avergonzado de sí mismo, se irguió con altivez. Sus ojos se fijaron en una rosa que se moría sobre el velador. Era una rosa encarnada. La figura de mister Crissey tal como lo vio en el jardín cuando éste habló con Emma, a solas, por primera vez, apareció en su mente, y los celos turbaron su vista y encendieron su rostro. Cogió entre sus dedos la flor moribunda y la hizo pedazos. Luego, como si aquella violencia provocara su fibra sentimental, sintió un nudo en la garganta, profuso llanto acudió a sus ojos y desfallecido, palpitante, se arrojó sobre el lecho, empapando de lágrimas aquellos linos blancos y perfumados, donde aún parecía vivir el alma de la bella mujer que tanto amaba.

No un violento dolor, una profunda, tenaz, invencible melancolía se apoderó de Julio desde este instante. Desentrañó del fondo de su baúl los colores y los pinceles esperando distraer su pena con las dulzuras del arte a que había dedicado sus ocios en París. Trató al principio de copiar un paisaje campestre, pero, inspirándole este trabajo poco interés, no sujetaba su atención bastante, y abría libre puerta a sus tristes pensamientos. Entonces decidió hacer un retrato de Margarita. Evocó intensamente sus recuerdos; colocó la fotografía a un lado del caballete y comenzó la obra. A medida que el trabajo avanzaba, era menor el parecido, no obstante que los colores estaban muy bien preparados, y tenían la misma tonalidad que el rostro de la joven; la expresión era distinta y el dibujo no se ajustaba a la medida de sus deseos. Como si una fuerza superior a su voluntad guiase su mano, la copia resultaba muy diferente del original. Cierta día en que se alejó del cuadro para poder apreciar mejor un efecto, no pudo contener un movimiento de impaciencia y de cólera. El retrato se parecía más a Emma que a Margarita. Al principio esta semejanza lo mortificó hasta hacerlo por algunos días abandonar su tarea; más tarde, atraído por aquel lienzo donde lo había traicionado su amor, volvió al trabajo, definitivamente resuelto a seguir los impulsos de la secreta voluntad que desde un principio venía inspirando su numen de artista. Un

amargo placer le ocasionaba la realización de su obra. La terminó.

Daba los últimos toques al vestido, cuando una mañana entró su padre al cuarto:

—¡Magnífico!, ¡magnífico! —exclamó al ver el lienzo—, es un gran trabajo. ¿Supongo que será tu regalo de boda?

Julio hizo un movimiento de cabeza que podía traducirse lo mismo por una respuesta negativa que afirmativa, y continuó pintando.

—El lunes se verificará el matrimonio —agregó don Teodoro—. Supongo que tú irás. ¡Ya vale la pena! Y concluye el trabajo.

—Yo —repuso Julio como quien despierta de un sueño lleno de asombro—. No, no iré. Y me parece que usted tampoco. Es el día en que se verificará la ceremonia oficial de la anexión, y creo que eso, aunque se trate de una fórmula, lo mortificará tanto a usted como me mortificaría a mí si fuese.

La turbación que estas palabras le produjeron a don Teodoro impidióle contestar al momento. Se puso los lentes y se aproximó al lienzo para disimular su embarazo; enseguida, dando una palmada a Julio sobre el hombro y riendo con su franca risa, dijo:

—No pensamos de igual manera. Yo creo lo contrario. Voy más por la ceremonia de la anexión que por

la de matrimonio. Quiero estar allí como una protesta viva y animada, quiero demostrar, de manera palmaria, que aún puede estar Daniel en el antro de los leones sin ser devorado por ellos.

Julio no pudo evitar una leve sonrisa que desplegó sus labios. Sabía que su padre acababa de mentir. Éste iba a la capital por el matrimonio, nada más que por el matrimonio. En primer lugar, gustábale mucho divertirse y, en segundo, estaba seguro de encontrar muchos hombres de negocios en la boda, lo cual le permitiría dejar bien puesta su fama de hombre práctico, positivista y trabajador. Por otra parte, la anexión le importaba muy poco, habíala aceptado hacía largo tiempo y, quién sabe, quizá la acogía con entusiasmo, con placer.

—Ésa será mi actitud —agregó satisfecho de lo que había dicho—, será en el fondo una bofetada a los invasores. ¡Oh!, si faltara, obraría indignamente; daría pruebas de cobardía y debilidad.

—Pues yo —masculló Julio, mientras su padre salía del cuarto, altivo, resuelto, como si ya estuviera protestando con su actitud en plena ceremonia—, yo prefiero quedarme aquí; soy débil y cobarde.

La mañana era triste. Arropado el cielo en una niebla color de plomo hacía que el sol vertiese sobre el mundo una luz enfermiza. Se oscurecía el verde de los campos y entre los tupidos follajes se escondían las sombras. No cantaban los pájaros, ni murmuraba el viento; la naturaleza parecía renuente a despertar. Julio montó a caballo y se perdió entre el bosque. Visitó el río, la cascada donde estuvo con Emma en su primer paseo, el árbol poético, rincón propio para un idilio, y después dejó al caballo tomar el rumbo que quisiera. ¡Qué cúmulo de ideas se agitaba en su mente! Oprimido estaba su corazón, triste su alma. Aquél era un día fatal. Emma se unía al empresario, Costa Rica se anexionaba a los Estados Unidos. A su patria y a su amada las perdía en un mismo momento. ¿Qué le quedaba ya? Nada. Quiso evocar el recuerdo de Margarita y no lo consiguió. La silueta pálida de la dulce niña se apagaba entre la sombra de su dolor. Sólo tenían vida entre las tinieblas, como puntos de luz, los recuerdos de las horas

pasadas junto a Emma. Los ojos fascinadores de aquella mujer lo dominaban aún. Hubo un momento en que se avergonzó de su idealismo, de su educación y de su raza. Si él hubiese tenido un poderoso temperamento sajón, si hubiera sido más práctico, si no hubiera llevado en sus venas sangre noble, pero enfermiza, él hubiera podido conquistar a Emma y ser feliz.

Así pensaba, cuando se encontró sobre una colina, llevado por el caballo que caminaba a su arbitrio. Eran las doce del día. El sol habiendo rasgado con sus saetas de oro la gasa de niebla, vertía la gloria de su luz sobre la verde hermosura de los campos. Allá a lo lejos se dibujaban los edificios de la fábrica, adornados con banderolas de los Estados Unidos que acababan de enriquecer, con cinco estrellas más, su espléndida constelación. Una lágrima asomó a sus ojos. Volvió la vista al lado opuesto como para huir de aquella visión dolorosa y alcanzó a divisar allá, en los confines del valle, un tren que se encaminaba al muelle de San Rafael. Aquello fue un nuevo golpe. En aquel tren venían los recién casados. Como atraído por fuerza superior comenzó a seguirlo con la vista, sin poderla apartar ni un momento. El tren avanzaba con asombrosa rapidez. Crecía al acercarse y los gallardetes y banderolas que lo adornaban se distinguían perfectamente, en medio de la explosión luminosa de aquel día primaveral.

El tren debía pasar bordeando la colina donde se encontraba Julio: éste giró su vista a una y otra parte como el general que estudia el campo para disponer una batalla. Un fulgor extraño irradió en sus pupilas; empuñó las riendas con firmeza y comenzó a descender de la colina por el lado opuesto al que traía el tren. Al ver la plácida expresión de su semblante, su altivo porte y su mirar tranquilo, cualquiera pensaría que un feliz anuncio acababa de extinguir para siempre las sombras de su alma. Cuando se halló al pie de la colina, sacó su reloj, vio la hora y esperó un momento. Una suave vibración se sintió en los rieles, seguida del traquetear creciente del tren que se aproximaba. Julio se aseguró en la montura como lo hubiera hecho un caballero medieval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contrincante. Clavó al potro las espuelas y sobre el camino férreo, a galope tendido, fuese al encuentro del tren. El maquinista no podía verlo; ambos bordeaban la colina, que con su alta mole cerraba las lontananzas. El tren y el potro corrían velozmente; la hora de encontrarse no se hizo esperar. El maquinista se apoderó de la cuerda del silbato y le arrancó un quejido prolongado; tiró de la palanca y quiso parar el tren. Era tarde, ya estaban muy cerca. El caballo también quiso detenerse; clavó sus patas rígidas en el suelo levantando una nube de polvo; pero, al sentir de nuevo el acicate hundido en sus ijares, dando un

tremendo salto, prosiguió su carrera. Los pasajeros que habían oído la voz de alarma asomaban sus cabezas por las ventanillas de los carros. Julio alcanzó a ver, en un departamento de primera, una linda cabecita que reconoció al momento: era la de Emma, su adorada Emma que venía a pasar al campo su luna de miel. Un grito de espanto se escapó de todas las bocas, el maquinista y el fogonero, ambos de pie, también gritaron llenos de horror, mientras hacían el último inútil esfuerzo por contener la máquina. El encuentro fue inevitable. Caballo y caballero, arrojados por la gran mole de hierro, rodaron juntos sobre las bruñidas cintas de los rieles. Después, entre el traquetear de los carros, los suspiros del vapor y el metálico ruido de las ruedas, se oyó un crujir de huesos, y el ahogado relincho de un caballo, mientras el tren con su cortejo magnífico, arrastrando a una pareja feliz, pulverizaba al último representante de una raza cabaleresca y gloriosa.

NOTICIA DEL TEXTO

La novela corta *El problema* (San José, Lines, 1899), publicada cuando Máximo Soto Hall residía en Costa Rica, provocó una fuerte polémica periodística durante un par de meses, cosechándole gran difusión. Esta primera edición fue precedida por la publicidad en periódicos que anunciaban su venta e invitaban a su lectura. Las ediciones posteriores cruzaron el continente desde Guatemala hasta Chile; aunque en territorio costarricense experimentó una creciente desvalorización, en parte subsanada, hasta la última década del siglo anterior, cuando *El problema* empezó a figurar en la historiografía y crítica literaria de Costa Rica, pese a haber sido escrita por un guatemalteco.

La segunda edición de la obra se publicó en Guatemala, dentro del folletín del *Diario de Centroamérica* (1902). En Quito, Ecuador, se dio a conocer, igualmente en folletín, entre las páginas de *El Comercio* (1906).

En 1911 Máximo Soto Hall preparó una edición (Guatemala, Imprenta de *El Nacional*) dedicada, como una inspiración de vida, a su hijo Rafael Soto, de doce

años. En ella se incluyen también algunos comentarios críticos, como el de José Santos Chocano (1875-1934). Éste ha sido el texto base seguido por Novelas en la Frontera para establecer la presente edición.

Para 1938, la novela se editó en Chile, por Ediciones Ercilla.

La Universidad de Costa Rica publicó, 93 años después, la segunda edición costarricense de *El problema* (San José, 1992), gracias al rescate de los investigadores Álvaro Quesada Soto (1945-2001) y Juan Durán Luzio, autores de los estudios de dicha edición.

MÁXIMO SOTO HALL
TRAZO BIOGRÁFICO

Máximo Soto Hall nació en Antigua Guatemala, el 5 de julio de 1871. Hijo de Guadalupe Hall Lara y del abogado y médico hondureño Máximo Soto, quien fuera candidato a la presidencia y fundador de la Universidad de Honduras. En 1857, éste se trasladó a Guatemala, en compañía del medio hermano de Máximo, Marco Aurelio Soto Martínez (1846-1908) —futuro presidente de Honduras—, para ocupar el cargo de ministro plenipotenciario del territorio hondureño. Falleció seis meses antes del nacimiento de Máximo.

El resto de la familia Soto Hall permaneció en Guatemala, debido a que el abuelo materno, William Hall, era vicecónsul de Gran Bretaña en ese país, asimismo, socio de la casa comercial Hall, Meany & Bennett. Guadalupe Hall ofrecía con frecuencia veladas donde asistían personajes distinguidos del medio intelectual, entre ellos, José Martí, reuniones que el futuro escritor presenciaba con entusiasmo junto con su hermana María, como más tarde lo relataría en *La niña de Guatemala: el idilio trágico de José Martí* (1942), conjunto de

vivencias e impresiones acerca del autor cubano durante su paso por Guatemala en 1877. Sin embargo, dichas tertulias fueron interrumpidas tras la muerte de doña Guadalupe. Máximo contaba con apenas catorce años.

En 1890, publicó su primer poemario: *Para ellas*, y, al año siguiente, la novela *Apuntes de una vida*. Recién graduado del Instituto Nacional Central para Varones, se interesó por la política y, dos años después, fue nombrado secretario de la legación de Guatemala en Madrid. Visitó París, Londres e Italia, donde radicó durante tres años. En esa época dio a conocer el libro de cuentos *Dijos y bronces* (1893), *Poemas y rimas* (París, 1893) y la novela *El ideal* (Madrid, 1894).

Durante su estadía en Costa Rica (1896-1902) colaboró con diversos artículos en los periódicos de la ciudad; además, influyó en el ambiente cultural del país y se relacionó con el grupo europeísta o generación del Olimpo, el cual contribuyó con el desarrollo cultural y el fortalecimiento del Estado costarricense. En 1897 dio a conocer “A Costa Rica”, texto reunido en el libro escolar *El lector costarricense*. En compañía de Rafael Ángel Troyo (1875-1910), fue redactor de la revista *Pinceladas* (1898). Entre 1899 y 1902 dirigió la Biblioteca Nacional de Costa Rica. En ese entonces conoció a su primera esposa, Julia Bonilla, con quien tuvo un hijo, y entabló amistad con el dictador guatemalteco Manuel

Estrada Cabrera (1857-1924). Durante el gobierno de éste, asumió el cargo de ministro plenipotenciario en Costa Rica, El Salvador, Honduras, Panamá y Venezuela; fue diputado al Congreso y editor del periódico *El Guatemalteco*. Escribió diversos discursos, libros de texto, cartas cívicas y, en 1917, la *Biografía de Estrada Cabrera al alcance de los niños*.

Para 1918, contrajo matrimonio con Amy Miles, hija de un matrimonio estadounidense. Un par de años más tarde, radicó en Washington e inició su exilio tras la caída de la dictadura en su país; viajó a Venezuela, Chile, Argentina y Uruguay. En 1926, regresó a Guatemala y formó parte de la Sociedad de Geografía e Historia. Más tarde, colaboró con el periódico *La Prensa* de Buenos Aires, ciudad donde pasó el resto de su vida y falleció el 13 de mayo de 1944.

Entre la producción literaria de Soto Hall destacan *De México a Honduras* (1900) y *Cuentos para niños* (1905); las obras de teatro *Don Juan Loco* (1909) y *Sandino* (1926); además de los poemarios *Aves de paso* (1896), *Amores trágicos* (1898), *Ramillete de rosas* (1908), *En la estepa* (1910) y *Herodías* (1926). Asimismo, dio a conocer las novelas *Catalina* (1900), *Don Diego Portales* (1935) y *La divina reclusa* (1938), así como diversas obras de carácter histórico, político, antropológico y económico.

Escribió algunos textos donde denunció la intervención de Estados Unidos en América Latina, como la novela *La sombra de la Casa Blanca* (1927) y el ensayo *Nicaragua y el imperialismo norteamericano* (1928).

La política en los países centroamericanos ocupó el tema central en su narrativa, tal es el caso de *El problema* (1899), donde aborda el paso del río San Juan como tránsito interoceánico, la soberanía de Nicaragua y Costa Rica y las relaciones políticas de ambos con Estados Unidos.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Alan Cabrera



El problema se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 24 de mayo de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR Y JOSHUA CÓRDOVA.